EL

HONOR Y EL DINERO,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO;

ESCRITA SOBRE LA DEL CÉLEBRE F. PONSARD,

DE ESTE MISMO TÍTULO,

POR

D. JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

MADRID:

ESTABLECIMIENTO DE TEJADO, EDITOR,

á cargo de Madirolas, calle de San Bartolomé, núm. 14.

1854.

EL HONOR Y EL DINERO,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO;

ESCRITA SOBRE LA DEL CÉLEBRE F. PONSARD,

DE ESTE MISMO TÍTULO,

POR

D. JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

MADRID:

ESTABLECIMIENTO DE TEJADO, EDITOR,

á cargo de Madirolas, calle de San Bartolomé, núm. 14.

1854.

PERSONAGES.	ACTORES.
ADELA } hermanas... { 19 años.	D.ª T. LAMADRID.
MARIA } hermanas... { 20 idem.	D.ª M. BUZON.
D.ª PETRA, 45 id.	D.ª J. RIDANZA.
ADOLFO, 30 id.	D. J. ARJONA.
D. LUIS, padre de Adela y Maria, 60. .	D. J. CALVO.
CARLOS, 25 id..	D. M. OSSORIO.
D. MANUEL, abogado, 45 id.	D. E. ARJONA.
D. ANSELMO, solteron, 60 id..	D. F. OSSORIO.
D. RAFAEL, capitalista, 50 id.	D. J. GARCIA.
D. JUAN, 25 id..	D. V. TAMAYO.
ANTONIO, amigo de CARLOS.	D. J. ALISEDO.
PASCUAL. . . . . } acreedores.	D. A. BERMONET.
TADEO. . . . . . . } acreedores.	D. M. SERRANO.
MARIANO, amigo de CARLOS..	D. A. ZAMORA.
D. FEDERICO, diplomático..	D. A. CÁCERES.
CRIADO.	D. J. BULLON
JORGE, amigo de CARLOS.	D. E. MONTILLA.
TIBURCIO, acreedor.	D. M. ALVAREZ.

Madrid 4 de Febrero de 1854.

Examinada por el señor Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

CONDE DE QUINTO

ACTO PRIMERO.

Salon lujoso en casa de Cárlos. Son las ocho de la noche. En medio de la escena un velador con servicio de café.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS y *CÁRLOS*, saliendo por la puerta de la izquierda.

LUIS. ¿Por qué gasta usted conmigo
cumplimientos?... ¡qué niñada!
CARLOS. Tengo un placer...
(*D. Luis como impidiéndole acompañarle.*)
Nada... nada...
sabe usted que soy su amigo.
CARLOS. Me conceptúo dichoso
con tal honra.
LUIS. No á fé mia:
usted merece... María
tendrá en usté un noble esposo.
CARLOS. Me llena de confusion
la alta idea en que me tiene.
LUIS. Es solo la que conviene
de su alma á la elevacion.
Yo pretendo demostrar,
que no es tan solo el dinero
lo que estimo.
CARLOS Así lo espero.

LUIS. Lo que se debe buscar,
es la limpieza de un nombre;
un jóven honrado... pues...
el valor del oro no es
nada ante el valor del hombre.
Y no es esto en realidad
apetecer la pobreza:
yo sé bien que la riqueza
causa la felicidad.
¡Oh!... pero las cualidades
del corazon... que no escluyen
al dinero, constituyen
la base de esas bondades,
que dan paz al matrimonio:
es claro, yo así lo esplico;
y un hombre siempre está rico,
teniendo tal patrimonio.

CARLOS. ¡Es cierto!

LUIS. Yo nunca hubiera
consentido en dar la mano
de mi hija, y lo digo ufano,
á un millonario, si viera
que el honor, que es el que ensancha
la esfera en que hemos nacido,
reflejaba oscurecido
con la mas pequeña mancha.
Y si á elegir obligado
me viera, para su amor,
entre un jóven sin honor
y entre un rico deshonrado,
mi eleccion hubiera sido
pronta, sin titubear...
y usted puede calcular
qué yerno hubiera tenido.
(*Se oyen carcajadas dentro.*)
Con que á Dios, que ya impacientes
vienen á esta habitacion

sus buenos amigos : son
muy guapos... muy complacientes.

ESCENA II.

CÁRLOS, amigos y convidados saliendo del comedor y entrando en la escena.

ANTONIO. Soberbia cosa es la vida,
cuando de amigos cercado,
con placer se ha disfrutado
de una brillante comida.
Y la tuya, considero
que altos elogios merece.

CARLOS. Esa gloria pertenece
tan solo á mi cocinero.

ANTONIO. Dispénsame : te hallo injusto :
cocineros de tal porte
no se encuentran en la córte,
sino en las casas de gusto.

(MARIANO *mirando unas pinturas que habrá colocadas sobre una mesa.*)
¡ Magnífico !... ¿ de quién son
estas pinturas ?

CARLOS. Son mias.
(*Los amigos se acercan con solicitud á mirarlas.*)

MARIANO. ¡ Chico !... tú nos darás dias
de gloria !...

JORGE. ¡ Qué perfeccion !...

ANTONIO. El vigor de este ramage
sobre todo, es de admirar :
se siente aquí circular
el ambiente entre el follage.

MARIANO. ¡ Y qué horizonte tan bello !
¡ Con qué perfeccion se pierde,
por cima del fondo verde
de los árboles !...

ANTONIO. Todo ello,
rebosando está primor :

es una cosa maestra.
¡Chico! á juzgar por la muestra,
has de ser un gran pintor.

CARLOS. ¡Lisonjas de la amistad!

ANTONIO. La obacion del sentimiento
dí mas bien.

CARLOS. ¡Oh! mi talento,
no es el de un artista.

ANTONIO. ¡Bah!
Casi todos los pintores
que se llaman distinguidos,
serian oscurecidos
por tí.

MARIANO. ¡Sin duda!...

ANTONIO. Señores,
yo siento que á tan fecundo
ingenio el oro le sobre:
este chico, siendo pobre,
hubiera asombrado al mundo.

CARLOS. Teneis buenos sentimientos,
pero me estais lisonjeando.
A tomar café:
(*Se sientan al rededor del velador, en donde un criado sirve el café.*)
Dejando
á un lado los cumplimientos:
¿estáis vosotros seguros
que pintando ganaria?

MARIANO. Tu trabajo te valdria
una renta de mil duros.

CARLOS. ¿De mil duros?

ANTONIO. Premio vil,
para el genio que le alienta.
Yo haria subir su renta
á seis mil duros.

CARLOS. ¿Seis mil?

FEDERICO. Pinta usté admirablemente.

Mas deje usted la pintura
para esa gente que oscura
vejeta : y fije la mente ,
ya que se vé celebrado
por el círculo elegante ,
en un destino brillante.
Por usted me han preguntado
en el ministerio : ¿ en qué ócios ,
decian , pasa la vida
que no se le vé : se olvida
de que debe en los negocios
vivir del estado ? Un hombre
de su fortuna y despejo
bien merece en el Consejo
real una plaza.

CARLOS. En mi nombre
dá usted gracias...

FEDERICO. Si inclinado
se halla usté á la diplomácia...

CARLOS. No me gusta.

FEDERICO. ¡ Qué desgracia !...
¿ quiere usted ser diputado ?

CARLOS. No : soy muy poco ambicioso ,
y no sacrificaré
mi opinion.

RAFAEL. Cásese usté ,
para que no esté usté ocioso.
Aquí tengo justamente
de mugeres una lista.
(*Sacando una lista.*)
(*Todos los amigos.*)
¿ A ver ?
(*Leyendo.*)

RAFAEL. La hija de un bolsista :
cien mil duros.

ANTONIO. Escelente
dote.

CARLOS. ¿Qué edad?
RAFAEL. Un millon,
(*Leyendo*)
al morir sus padres.
CARLOS. Y ella,
¿qué tal es?
ANTONIO. Por fuerza es bella:
bella, sin apelacion.
CARLOS. No digo que no lo sea:
mas pudiera ser horrible
tambien.
ANTONIO. Eso no es posible;
una rica nunca es fea.
RAFAEL. La condesa de la Higuera:
(*Leyendo*)
de noble familia; pero,
tienen muy poco dinero
sus padres.
ANTONIO. Muere soltera,
de fijo.
RAFAEL. Será un desastre
(*Ojeando*)
para su altivo papá:
Aquí hay otra...
CARLOS. Basta ya.
RAFAEL. La encontré. La hija de un sastre.
Su padre era un perdulario,
pero el tuno se ingenió,
y tanto midió... y midió...
que al fin, se hizo millonario.
CARLOS. Si es para mí, esta revista
de mujeres...
RAFAEL. Desde luego.
Se supone...
CARLOS. Yo le ruego
á usted, que guarde la lista.
A ese plan no me acomodo.

RAFAEL. Usted tiene todavía
(*Guardando su librito.*)
poca esperiencia : algun dia,
pensará usted de otro modo.

CÁRLOS. Si del alma el tiempo insano
los nobles instintos trunca,
jóven, no venderé nunca
mi corazon, ni mi mano.

ESCENA III.

Dichos, y ADOLFO que habrá oido las últimas palabras de CÁRLOS. Durante esta escena, dos criados sacan el velador.

ADOLFO. Muy bien dicho.

CÁRLOS. ¡Adolfo!

ADOLFO. Toca.
(*Presentándole la mano.*)
Eres un jóven honrado.

CÁRLOS. ¿Cómo has venido tan tarde?

ADOLFO. Tenia que hacer.

CÁRLOS. ¡Ingrato!
(*A los amigos*)
Señores, presento á ustedes
á mi amigo Adolfo: un sábio,
que, á despecho de la moda,
es ardiente partidario
de la razon.

ANTONIO. No me gusta.
(*A Mariano.*)

MARIANO. Ni á mí tampoco.

CÁRLOS. Ahora, en cuanto
á las fórmulas sociales...

ADOLFO. Si son justas, las acato:
si ridículas, no debo
humillarme á ser su esclavo:
la libertad es el bien
mas supremo.

1...

ANTONIO. Sin embargo,
creo que hay ciertos deberes...
cuando á uno le han invitado
por ejemplo, á un baile, hay que ir.
(*Rafael y Federico disponiéndose á marchar.*)
¡Señores!

ANTONIO. Tambien yo salgo.

M. y JOR. Y nosotros.

ADOLFO. Mi presencia
les espanta.

ANTONIO. Con que, Cárlos,
hasta el domingo que viene.

CARLOS. Que vengais.

ANTONIO. Pierde cuidado:
á una comida, y á un duelo,
no se falta.
(*Saludan con frialdad á Adolfo, y Cárlos les acompaña hasta el fondo.*)

ADOLFO. Mentecatos!

ESCENA IV.

CÁRLOS, ADOLFO, un criado con cartas y targetas que colocará sobre una mesa.

CRIADO. ¡Estas cartas!...

ADOLFO. ¡Gran remesa!

CARLOS. Convites.
(*Abriendo una.*)

ADOLFO. Mortal dichoso,
como te miman: gozoso
estoy al ver...

CARLOS. La condesa
de las fuentes, con anhelo,
me invita, para que acuda
á un concierto.

ADOLFO. ¡Pues!... es viuda,
y esa carta es un anzuelo.

CARLOS. ¡Ay Adolfo! yo me abraso

en la lumbre de otros ojos.
ADOLFO. ¿Con que hay amantes antojos?
CARLOS. Verdadero amor: me caso.
ADOLFO. Vive en éxtasis eterno,
y elige segun te cuadre:
eres rico, y no habrá padre
que no te quiera por yerno.
Tú puedes seguir del alma
el impulso líbremente,
lanzándote en la corriente
dél mundo, ó viviendo en calma.
Si te ofuscan los deseos
de algun brillante destino,
puedes seguir el camino
que abren los altos empleos.
Pues de la suerte el favor
tanto esta vez lo ha acertado,
que al haberte á ti premiado,
premia á los hombres de honor.
CARLOS. Es hijo de tu bondad
ese juicio; no lo dudes.
En cuanto al premio á que aludes,
no es tanta casualidad.
El mundo, segun mi juicio,
lleno de hombres generosos
está, siempre presurosos
á hacer cualquier sacrificio.
ADOLFO. No soy de tu parecer,
en cuanto al particular;
pero por no disputar...
CARLOS. Es preciso no oponer,
como en todo melodrama
sucede continuamente,
á un virtuoso indigente,
un opulento sin fama.
(*Levantándose y acercándose á Adolfo.*)
Y yo, por mi parte, advierto,

que del hombre la pobreza
es hija de su torpeza
casi siempre.

ADOLFO. Eso no es cierto.

CRIADO. Ese caballero espera.
(*Entrando y presentando á Cárlos una targeta.*)

CARLOS. ¡ Raimundo !!! ¡ Qué impertinente !!!
Dí que no estoy.
(*Mirándola.*)

ADOLFO. Rudamente
le despides.

CARLOS. Me exaspera.

ADOLFO. Tienes la paciencia escasa.

CARLOS. Oye, y procura entenderme.
(*Al criado.*)
Si alguna vez viene á verme,
dile que no estoy en casa.
(*Váse el criado.*)
Si su conducta registro,
la hallo baldon de los hombres :
escribe con falsos nombres
en contra y pró del ministro.

ADOLFO. Muy mal hecho.

CARLOS. Es un menguado.

ADOLFO. ¡ Pobre jóven !

CARLOS. ¿ Aun le auxilia
tu bondad ?

ADOLFO. Tiene familia.

CARLOS. Pero es vil.

ADOLFO. ¡ Es desgraciado !
¿ No es una cosa fatal,
que un jóven inteligente
tenga que humillar su frente
á la miseria ?

CARLOS. Si tal.
Mas, quien mata su conciencia,
no merece compasion.

ADOLFO. ¡Ah!... no estás tú en situacion
de comprender la indigencia.

CARLOS. No admito las privaciones
que, con un fin que detesto,
suelen servir de pretesto
para las malas acciones.
Quien honra y valor aduna,
en los trances decisivos
vence: los pechos altivos
dominan á la fortuna.
Y el que ser puro desea,
nunca olvida sus deberes...
son ásperos los placeres
que la virtud saborea.

ADOLFO. Yo el primero en afirmarlo
debo ser y en admitirlo:
pero es mas fácil decirlo,
mucho mas, que practicarlo.
Que aunque la virtud le sobre,
si lucha contra la suerte,
sucumbe al fin el mas fuerte:
¡Dios te libre de ser pobre!

CARLOS. Si la suerte transitoria
tal me llegára á poner,
pobre sabria yo ser,
fundando en ello mi gloria.

ADOLFO. Fácilmente en teoría
con la miseria te bates:
tú eres rico, y no combates.

CARLOS. Pobre, yo la venceria.

ADOLFO. Tu corazon es leal:
un rasgo noble te inflama:
arde en tí de honor la llama:
mas si en lucha tan fatal
te pusiera el hado impío,
de tu probidad el muro
tal vez se hundiera.

CARLOS. : Seguro
no estás de mi honra?

ADOLFO. ¡Eh! ¡Dios mio!
Ya tu orgullo se subleva
en alas de tu inquietud:
tú crees en tu virtud;
mas yo no tengo la prueba.
Para obtener tal derecho,
es preciso haber sufrido
el hambre, y haber tenido
la tierra ingrata por lecho.
Tú ignoras esa vehemente,
esa punzante ambicion,
que la desesperacion
aconseja al indigente.
Tú no has visto como él
en tu febril pensamiento,
á un demonio turbulento,
que, con sonrisa cruel,
te presenta deslumbrante
un mundo que no se alcanza:
bello, como la esperanza;
como la ilusion, brillante.
Ni has sufrido esa demencia
que la privacion inspira;
ni has contemplado con ira
de otros hombres la opulencia.
Ni has sentido á sus mujeres
rozarte con sus cabellos,
ni has sido, como son ellos,
Tántalo de los placeres.

. . . .

. . . .

¡Cárlos!.. esas emociones
el corazon envenenan,
y al alma mas pura llenan
de bastardas ambiciones.

Quien triunfe de su maldad,
erguir puede la cabeza,
proclamando la firmeza
de su recta probidad.
No debe alzarse insolente,
para hundir al abatido,
virtud que no ha combatido
larga y victoriosamente.
Tan solo se glorifica
la que en la miseria crece,
la que la lucha engrandece...
la que el choque fortifica.

CARLOS. Al oirte, me imagino
ser pobre : el oro me abruma.

ADOLFO. Duerme en tu lecho de pluma,
donde te mece el destino.

CARLOS. ¡Ah!.. para tu confusion,
aun puedo verme arruinado,
desposeido... robado...

ADOLFO. Goza de tu posicion,
y no con tanta eficacia
demostrando insensatez,
con tan funesta altivez
invoques á la desgracia.
¡Insensato!!! No la nombres :
dála al olvido... al destierro...
ella es la mano de hierro
que oprime impía á los hombres.

CARLOS. ¿Piensas tú que no sabria
yo ser pobre con honor?
Si me faltaba el valor,
mi orgullo me sostendria.

ADOLFO. El tiempo al orgullo abate.

CARLOS. Yo tendria por divisa
el público aprecio.

ADOLFO. A risa
me mueves; ¡qué disparate!

Cuántas veces, con desdoro
del mundo, la alcanza el necio !
hoy dia el público aprecio,
Cárlos, está por el oro.
Que un hombre venda su fé,
que haga á su causa traicion
que en la falsificacion
y el robo ejercido esté :
que, diez veces millonario,
compre un título ducal,
en tanto que el hospital
se abre al triste proletario.
Que otro el servilismo lleve
en el rostro, sin turbarse;
y que en fuerza de arrastrarse,
sagáz y activo se eleve.
Que en su vario movimiento
en todas partes metido,
cambie ese hombre de partido,
lo mismo que cambia el viento.
Que ayude con su saber
al estado, y como un ripío,
deseche todo principio,
y sirva á todo poder.
Que avance de esa manera
desde su humilde tugurio,
y de perjurio en perjurio,
suba... toda la escalera.
Y en fin; que sin valla alguna
se realicen sus deseos :
que tenga poder... empleos...
oro... títulos... fortuna...
. . . .
. . . .
Sus discursos celebrados
serán, con fuertes palmadas;
sus comidas, elogiadas,

sus salones, frecuentados.
Si da un baile, con presteza,
como moscas á la miel,
irán todos en tropel
á estasiarse en su grandeza.
¡Irán tambien las hermosas
llenas de amoroso afan;
que siempre tras la luz van
las aladas mariposas!
Ni es bien que de allí descartes
á los que están siempre prontos
á hacer su papel!.. los tontos:
que esos van á todas partes.
Y entre el alegre monton
formando diversos giros,
se cruzarán los suspiros...
será un Edén el salon.
Y en dulce fraternidad,
pulcros... galantes y esbeltos...
bailarán todos revueltos...
¡esa es nuestra sociedad!

Carlos. ¡Cuadro en deslices fecundo!

Adolfo. Mi ingénio no se le apropia:
ese cuadro es una copia
de lo que pasa en el mundo.

Carlos. ¿Y hay hombres así?

Adolfo. ¡Oh! á cientos.

Carlos. ¿Y yo los conozco?

Adolfo. Es llano:
y les aprietas la mano,
y les haces cumplimientos.
En cambio, si un hombre tiene
á doblegarse aversion,
y posee un corazon
que á la infamia no se aviene:
si un empleo es su deseo,
y al dársele han intentado

mancharle, y ese hombre honrado
renuncia al pan y al empleo;
tras una frase de aprecio,
y una estéril compasion,
como ya es pobre, su accion
cae en olvido... en desprecio.
Y que, á su miseria fiel,
no hable contra el lujo mal;
porque un grito general
se levantará contra él.
Y en vano su ilusion muerta
hondos suspiros reparte...
Si el pobre va á alguna parte,
ay! se le cierra la puerta.

CARLOS. Si el mal tiene recompensa,
y la virtud no la tiene,
al hombre no le conviene
la virtud.

ADOLFO. Quien asi piensa,
ofende á Dios, porque duda
de su poder infinito.
¡La virtud! fruto bendito
de los cielos es, pues muda
nuestra torpe condicion:
convierte al odio en bondad,
al orgullo en humildad,
y á la ira ciega en razon.
¡Qué otro premio, qué otra palma
quiere el hombre en este suelo,
si ella le anticipa un cielo
dándole paz en el alma?
(*Cogiendo el sombrero.*)
A Dios: la cuestion ya es larga,
y tú...

CARLOS. No estoy convencido
¿qué quieres? siempre he tenido
mas fé.

ADOLFO. ¿Vuelves á la carga?
CARLOS. Vuelvo, porque he reparado
que si un pobre tiene mérito,
lo premia el mundo...
ADOLFO. En pretérito,
si!... Cuando ya está enterrado.
CARLOS. Que hay un porvenir brillante
para el talento, de modo,
que puede llegarse á todo
por el estudio constante.
ADOLFO. Ya.
CARLOS. Que este siglo es mejor
de lo que el escepticismo
afirma.
ADOLFO. Creo lo mismo.
CARLOS. Que la gloria y el amor
nuestro mas rico tesoro
logran formar: limpio espejo,
que brilla con un reflejo,
que no debe nada al oro.
Que aun nos quedan ilusiones
de inmaculada pureza,
supuesto que la belleza
impera en los corazones.
ADOLFO. Si: pero ten entendido,
que una gran dote hace bella
á una fea; y que sin ella,
la hermosa no halla marido.
A Dios: que graves espero
este principio en tu mente:
en la sociedad presente,
el hombre sin oro es cero.

ESCENA V.

CÁRLOS.

El oro!!! ¡máxima impía!
el mundo no es así, no:

jamás aprenderé yo
tan triste filosofía.
Alzate, esperanza mia,
de la dicha á las regiones,
y goza las emociones
que el oro á comprar no alcanza!...
¡Cuán bella es una esperanza
que anida en dos corazones!

ESCENA VI.

CÁRLOS. Un criado.

CRIADO. Señor...!
CARLOS. ¿Qué ocurre?
CRIADO. Dos hombres,
preguntan con mucha instancia
por usted.
CARLOS. ¿Qué es lo que quieren?
CRIADO. Dicen que hablar...
CARLOS. Tienen facha
de usureros?
CRIADO. Me parece
que sí.
CARLOS. Que entren en la sala,
y esperen : y cuando vengan
sus compañeros, me pasas
aviso. Los acreedores
de mi padre : me olvidaba
de esta junta : y mi abogado,
segun me anuncia en la carta,
vendrá tambien...
MANUEL. Buenas noches,
Cárlos.
(*Entrando.*)
CARLOS. En usted pensaba.

ESCENA VII.

CÁRLOS, D. MANUEL.

MANUEL. He querido anticiparme
á la junta proyectada,
para que hablemos.

CARLOS. Me agrada.
(*Indicándole un asiento.*)
(*Se sientan.*)

MANUEL. Usted ha de dispensarme,
si el interés que me inspira
me obliga á dar este paso.

CARLOS. Es gratitud, en tal caso,
lo que mi pecho respira.

MANUEL. ¿Está usted bien enterado
de sus negocios?

CARLOS. Desecho
tal cuidado.

MANUEL. Muy mal hecho.

CARLOS. Mi padre su confianza
en usted depositó
siempre :

MANUEL. Con ella me honró.

CARLOS. Mi mente á dudar no alcanza,
que quien con afan prolijo
sirvió al padre lealmente,
deje de ser consecuente
con quien se honra en ser buen hijo.
Niño, se me fué del mundo
el santo amor de mi madre;
hombre, he llorado á mi padre.
Presa de un dolor profundo,
y de aflicciones cruentas,
en mi angustia indefinible,
me hubiera sido imposible
fijar mi mente en las cuentas.

MANUEL. Lo conozco demasiado :
por eso vine el primero,
y antes de esta junta, quiero
que esté usted bien preparado.
(*Cárlos se inclina.*)
Su buen padre se lanzó
á empresas muy colosales;
mas, por las crísis fatales,
paralizado se vió.
Halló en sus cálculos hondos
circunstancias imprevistas,
y todos los accionistas
le retiraron sus fondos.
Dotado de un alma fuerte,
contra su suerte luchó :
y el imposible tocó
de luchar contra la suerte.
Un peligro le arrastraba
á otro peligro mayor,
y él, por conservar su honor,
se arruinaba...

CARLOS. ¡Se arruinaba...!

MANUEL. Yo siento herir de este modo
ese corazon filial :
mas su estrella tan fatal
fue, que al fin lo perdió todo.

CARLOS. ¡Dios mio...!

MANUEL. Los sinsabores
de la lucha, la inquietud
quebrantaron su salud.

CARLOS. ¡Padre mio...!

MANUEL. Los rigores
de su estrella... los apuros
le acabaron.

CARLOS. ¡Negra suerte...!

MANUEL. Y el infeliz, á su muerte,
quedó á deber cien mil duros.

CARLOS. ¿Y esa deuda es justa?
MANUEL. Sí.
Dentro de breves momentos,
vendrán con los documentos
sus acreedores aquí.
CARLOS. Los veré.
MANUEL. Reasumiendo
nuestra actual situacion:
tiene usted á su eleccion
dos caminos.
CARLOS. No comprendo.
MANUEL. Pues yo bien claro lo anuncio:
que puede usted aceptar,
y puede usted renunciar
la herencia.
CARLOS. Bien: ¿si renuncio...?
MANUEL. Se queda usted disfrutando
de su opulencia actual,
con la dote maternal:
y tiene usted, renunciando,
su fortuna asegurada
con los bienes de su madre.
CARLOS. Y las deudas de mi padre
¿con qué se pagan?
MANUEL. Con nada.
CARLOS. ¿No se pagan?
MANUEL. No.
CARLOS. Y fiados
de mi padre en el honor,
van á quedarse ¡oh rubor!
sus acreedores burlados?
MANUEL. Si eso no les satisface,
¿cómo se ha de remediar...?
¡Paciencia! antes de prestar
se mira bien lo que se hace.
La ley permite...
CARLOS. Cubrir

á un hijo, cuando le cuadre,
de oprobio el nombre de un padre?
Mi honor la debe abolir.

MANUEL. ¡Pero es la ley...!

CARLOS. Ni la admito,
ni á mi conciencia se ajusta
su ambigüedad... no me gusta
la ley que ampara al delito.

MANUEL. Tambien puede usté aceptar:
mas, si acepta el heredero,
las deudas son lo primero
que le obligan á pagar:
y obrando de esa manera,
las deudas de su buen padre
absorberán de su madre
la gran dote, toda entera.
Esto debe en mi concepto
mirarse con gran cuidado:
va usté á quedar arruinado
si acepta usted.

CÁRLOS. Pues acepto.

MANUEL. ¡Qué corazon tan hermoso
dentro de ese pecho late!
no quiera Dios que yo mate
arranque tan generoso.
Sin embargo; le aconsejo
á usted que obre con prudencia:
yo tengo mas esperiencia
que usted, porque soy mas viejo.
¡Vamos...! temple usté ese ardor:
de su fortuna pasada
no le quedará á usted nada...

CARLOS. ¡Sí...! ¡me quedará mi honor...!

MANUEL. Sumido en el aislamiento;
lleno de penas crueles
va usté á vivir...

CÁRLOS. Mis pinceles

me ganarán el sustento.

MANUEL. ¡Es muy noble esa ambicion...!
pero es sueño su esperanza:
en las artes, no se alcanza
siempre una reputacion.
Si despues de muchos años,
sacrificando la vida,
la viese usted adquirida,
la agriarán los desengaños.
Los artistas, de la suerte
sufren el desden profundo:
y nunca los premia el mundo,
sino despues de su muerte.
No obre usted con lijereza;
porque al lujo acostumbrado,
se halla usté mal preparado
para sufrir la pobreza.

CÁRLOS. Con todo; la sufriré.

MANUEL. Es inexorable... urgente...

CÁRLOS. Para arrostrarla de frente,
me ayudan virtud y fé.

MANUEL. Bien está: esa decision,
¿es la última?
(*Levantándose.*)

CARLOS. Sí: me allano
á la miseria.

MANUEL. Esa mano:
Tiene usté un gran corazon.
Yo señalarle he debido
el gran peligro en que está:
la lucha que á emprender va;
pero su honor me ha vencido.
Si es su suerte desgraciada,
ageno á las malas artes,
puede usté ir por todas partes
con la frente levantada.
Pobre, mas en su honor fijo,

á verle rico prefiero;
que vale mas que el dinero
la gloria de ser buen hijo.

CRIADO. ¡Señor...!

CÁRLOS. ¿Qué hay?

CRIADO. Los acreedores
aguardan.

CÁRLOS. Haz al momento
entrar en este aposento
á todos esos señores.
Sígame usted, y ahora mismo
confrontamos con presteza...
(*Se entra por la puerta izquierda.*)

MANUEL. Me asombro al ver la grandeza
con que camina al abismo.
(*Al entrar.*)

ESCENA VIII.

Los acreedores conducidos por el criado que se retira. Entre ellos, viene D. ANSELMO vestido á la antigua, dando el brazo á Doñá PETRA, á la que conduce á un sillon sentándose á su lado.

PASCUAL. Yo pierdo quince mil duros.

TADEO. Yo treinta mil: ¡qué reveses...!
y además, los intereses.

PASCUAL. Si salgo de estos apuros,
no vuelvo á dejar fiado
con necedad indiscreta,
ni un duro, ni una peseta,
aun al hombre mas honrado.

TADEO. El caso es que siempre prontos
presentaba bienes nuevos...

PASCUAL. Lazos... asechanzas... cebos,
para engañar á los tontos.

TIBURCIO. ¡Parecia un señoron!

TADEO. A todos nos ha engañado.

PASCUAL. Era un tuno solapado.

TADEO. ¡Un intrigante...!

PASCUAL. ¡ Un bribon...!
TIBURCIO. ¿Pagará el hijo?
PASCUAL. Colijo
que dar su oro no le cuadre.
TADEO. Será un bribon como el padre.
PASCUAL. ¡Pues...! de tal padre, tal hijo.
TADEO. Si el claro honor no le asiste,
tendrá al oro amor profundo.
TIBURCIO. Ya no hay honor.
PASCUAL. Este mundo
es una cosa bien triste.
ANSELMO. Todo esto nos lo han traido
las fieras revoluciones.
Ya no hay fé, ni en las acciones
lealtad: todo se ha hundido.
Nuestras costumbres se estragan;
ya lo antiguo no conviene,
y de ahí, señores, de ahi viene
que las deudas no se pagan.
Se derrochan los tesoros;
ya solo hay vicios, señoras,
y lujo *¡o tempora! ¡o mores!*
(*Sentado.*)
PETRA. ¡ Uf...! qué ridículos lloros.
(*Abanicándose.*)
ANSELMO. ¿Cómo?
PETRA. Lamentan su suerte
mi pena insultando así:
yo callo, y triste de mí,
pierdo la suma mas fuerte.
¡ Un millon...!
ANSELMO. ¡ Y con qué calma
sufre esa contrariedad...!
PETRA. Si no digo la verdad,
que no me entierren con palma.
ANSELMO. ¿Con que Vd. aun no ha gustado
las dulzuras de himeneo?

PETRA. No, señor, y ese deseo
era mi sueño dorado.

ANSELMO. ¡Ola...!

PETRA. Mi virginidad
eterniza ese Iscariote.
¡Un millon...!

ANSELMO. ¡Bonita dote...!

PETRA. ¡Diez lustros...!
(*Con zalamería.*)

ANSELMO. ¡Bonita edad...!

ESCENA IX.

Los mismos. CARLOS y D. MANUEL. Los acreedores manifiestan al ver á Cárlos una curiosidad anhelante.

MANUEL. Señores, para que ahorremos
palabras, el señor es
el heredero: así, pues,
él debe hablar.
(*A los acreedores.*)

PASCUAL. Escuchemos.
(*A los demás.*)

CARLOS. Yo seré poco prolijo
al tratar esta cuestion.

TIBURCIO. Chis...
(*A los otros.*)

PASCUAL. Oigamos.

TADEO. Atencion.
(*Váse el criado.*)

CARLOS. Cumpliendo como buen hijo,
del autor de mi existencia
debo acatar la memoria:
mi padre desde la gloria
me manda aceptar la herencia.
La acepto, señores.

TODOS. (*Los acreedores.*) ¡Bravo...!

PETRA. Me siento desfallecer

de emocion.
(*Abanicándose.*)

PASCUAL. ¡Qué proceder
tan heróico...!

TADEO. No acabo
de admirar su integridad...!

PASCUAL. ¡Así se honra á una familia...!

ANSELMO. Este hombre me reconcilia
con toda la humanidad.

CARLOS. El que á cobrar se presente,
que traiga sus documentos;
y así, á los pocos momentos
será pagado:

PETRA. Escelente
jóven.

PASCUAL. Grata peripecia.

TADEO. ¡Buen hijo...!

PASCUAL. ¡Gran corazon...!

TADEO. ¡Es mas puro que Caton...!

ANSELMO. Esto es digno de la Grecia.
Dios á este jóven bendijo;
y es, aunque la envidia ladre,
digno trasunto del padre.

PASCUAL. ¡Pues! de tal padre, tal hijo.
Noble jóven: yo el primero
en elogiarle me ufano.
(*Le toma una mano.*)

TADEO. ¡La otra mano... la otra mano...!
(*Por el otro lado.*)

ANSELMO Un abrazo, caballero.
(*Con esplosion.*)

PETRA. Reciba usted esta flor
de mi cariño en ofrenda.
(*Con zalamería.*)
(*Ap.*) ¡Ay! Dios haga que me entienda.

PASCUAL. Si de un amigo de honor
necesita usté algun dia,

le hallará usté en mí.

TADEO. Y en mí.

PASCUAL. Mis fondos son suyos.

TADEO. Sí :
y mi fortuna.

PETRA. ¡Y la mia...!
(*Con intencion.*)

CARLOS. Yo solo al honor invoco,
y el honor al oro exime.

PASCUAL. Para rasgo tan sublime,
Todo es poco.

TADEO. Todo es poco.

ANSELMO. ¿Con que el señor, que Dios guarde,
es el que debe pagar?
(*Indicando al abogado.*)

MANUEL. Sí.

ANSELMO. Ya el plazo va á espirar...

(*Con timidez.*)

CARLOS. Pues bien : mañana á la tarde
se hará el pago.

ANSELMO. Aquí, *inter nos*,
usté es buen hijo, y cristiano.
Adios.

PETRA. Beso á usted la mano.
(*Saludando graciosamente.*)

PASCUAL. Jóven puro, adios.
(*Apretándole la mano.*)

TADEO. ¡Adios!

(*Haciendo lo mismo.*)

Salen haciendo reverencias profundas, y dando señales de admiracion.)

MANUEL. ¡Cárlos!... valor : ahora empieza
otra vida para usté!...

CARLOS. El cielo me dará fé
para arrostrar la pobreza.

MANUEL. ¡Animo!...
CARLOS. ¡Sí!... mi valor
ya al heroismo se exalta:
porque si el oro me falta,
me sobra en cambio el honor.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de D. LUIS.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS y D. MANUEL, saliendo del gabinete como continuando una conversacion.

LUIS. Gracias por esas noticias.
¿Es decir que se ha quedado
reducido á la miseria?
MANUEL. Casi.
LUIS. ¡Terrible naufragio!
MANUEL. Pero honroso: no ha podido
salvar de ese golpe aciago,
mas que una fábrica vieja
de papel...
LUIS. Pobre muchacho.
MANUEL. Componiéndola, aun pudiera
servir...
LUIS. Recurso precario.
Ese chico se ha perdido
para siempre.
MANUEL. O lo he soñado,
ó usted tenia proyectos
de concederle la mano

de su hija mayor...

LUIS. Mediaba
entre los dos ese trato
de sociedad.

MANUEL. Yo creia
que era mas formal : que Carlos
la amaba.

LUIS. Pist... á su edad
siempre son enamorados
los hombres : por lo demas,
yo le aprecio : está dotado
de muy buenas cualidades.

MANUEL. Eso no podrá dudarlo
nadie, porque lo acredita
su proceder : es muy raro
encontrar en estos tiempos
un tan completo dechado
de honradez.

LUIS. ¡Seguramente!

MANUEL. Yo admiro el sublime rasgo
del hijo, que por salvar
de la mofa y del escarnio
la memoria de su padre,
se despoja de su fausto
para arrostrar la pobreza,
las privaciones.

LUIS. Yo lo hallo
tambien eso muy honroso,
muy honroso : sin embargo,
me tiene algo resentido
su arranque : no se ha dignado
consultarme.

MANUEL. En casos de honra,
los corazones hidalgos
siempre se encuentran conformes.

LUIS. No digo yo lo contrario :
pero nunca están demas

los consejos de un anciano...

MANUEL. Estoy seguro que usted
nunca hubiera contrariado
su abnegacion.

LUIS. Dios me libre
de sentimientos tan bajos.
El honor es lo primero,
no hay duda : y por otro lado,
ha hecho muy bien : es soltero,
y un hombre solo tiene ancho
horizonte.

MANUEL. Ciertamente :
¡ pero cuantos desengaños
le esperan !...

LUIS. Hará muy mal
en esponerse á arrostrarlos.
Él ya debe conocer
á los hombres : yo en su caso,
me encerraria en mí mismo,
y no daria mi brazo
á torcer.

MANUEL. ¡ Señor D. Luis !
¡ A los veinticinco años
condenarse á ese silencio !...
Renunciar á todo cuanto
tiene de hermoso la vida !...
Es ya exigir demasiado
de un jóven... Adios.
(*Aparte.*)
Este hombre
es muy egoista.

ESCENA II.

D. LUIS.

Vamos
á cuentas : con que es decir,
que si con mi hija se casa,

la envuelve, sin mas ni mas,
por seguir tras el fantasma
del honor, en la miseria?
Estos hombres que se exaltan,
que dan el oro, y se arruinan,
son malos yernos : me agrada
mucho mas ese banquero,
D. Juan : es hombre de práctica
en los negocios, y entiende
el mundo : en una palabra,
es rico, y un padre debe
dejar bien asegurada
la fortuna de sus hijos
antes de morir.

ESCENA III.

ADELA y MARIA.

ADELA. ¡Qué calma!
Si su parecer la pido,
no hace mas que sonreir;
no sabe contradecir;
¡qué alhaja para un marido!...
MARIA. Si yo siempre estar anhelo
contigo en conformidad!...
(*Imitándola.*)
ADELA. Señor... vuestra voluntad
cúmplase aqui, y en el cielo.
MARIA. ¡Qué quieres!... Soy apacible,
dulce, y no tengo el talento
de contrariar!...
ADELA. ¡Oh portento
de obediencia indefinible!...
MARIA. ¿Irás conmigo á enfadarte
por eso?
ADELA. ¡No!...
MARIA. Hermana mia;

¿ me quieres ?

ADELA. ¡ Pobre María !...
¿ Piensas que dejo de amarte
alguna vez ? ¡ Ah !... yo envidio
esa humildad... esa calma.
Tienes de un angel el alma.

MARIA. Mira, tambien me fastidio
alguna vez.
(*Llevándola á un sofá.*)

ADELA. Toma asiento
aquí, y yo procuraré
entretenerte.

MARIA. ¿ Con qué ?
¿ dime ?

ADELA. Contándote un cuento.

MARIA. ¿ Un cuento ?

ADELA. No tiene ripio,
y tal vez te guste mucho.
La hablaré de él.
(*Aparte.*)

MARIA. Ya te escucho.

ADELA. Corriente ; pues doy principio.
Figura en mi cuento un hombre
muy fino... muy elegante...
el tipo, en fin, del amante.

MARIA. ¿ Cárlos ?

ADELA. Sí : tal es su nombre.
(*Con intencion.*)
¿ Quieres que hable de él ?
(*Con afectada indiferencia.*)

MARIA. Lo mismo
me dá.

ADELA. Tu alma, ¿ así lo siente ?

MARIA. Si tal : me es indiferente.

ADELA. Pícaro indiferentísmo.

MARIA. ¡ Qué !... ¿ no me crees ?

ADELA. ¡ Te creo !...

Es muy fino.

MARIA. Si, en verdad.

ADELA. Siempre, por casualidad,
le hallamos en el paseo.

MARIA. ¿Y qué?

ADELA. Guarda, ó yo me engaño,
algo en su atencion resuelta:
nos saluda á cada vuelta.

MARIA. ¿Y qué tiene eso de estraño¿

ADELA. ¿No has visto con qué placer
de padre oye las razones?
En todas sus discusiones
son del mismo parecer.

MARIA. Su educacion esmerada
le prohibe disputar:
¿quieres tú que á contrariar
vaya?

ADELA. Yo no quiero nada.
Mas preveo un desenlace
muy próximo, hermana mia:
viene tres veces al dia
á vernos...

MARIA. ¿Y eso, qué le hace?

ADELA. Yo tengo el convencimiento
que el que hace tanta visita
por ver á una señorita,
no es para hablarla del viento.

MARIA. ¡Tal vez!...

ADELA. Guardas en tu pecho
secretos que no me dices.

MARIA. ¿Quién, yo?

ADELA. No te ruborices.

MARIA. Mi rubor es de despecho.
(*Levantándose.*)

ADELA. No es de despecho esa llama.

MARIA. Cárlos te habla mas que á mí.

ADELA. No me teme, y á tí, si.

MARIA. Pues si me teme, no me ama.
ADELA. Se deja ver un resquicio,
á través de su temor,
de un sentimiento mejor
para tí!...
(*Con interés.*)
MARIA. ¿Tienes indicio?...
ADELA. ¡Sí!... ¡pero qué se consigue
con que yo te esté contando
tontunas!... ¡Te estoy cansando!...
MARIA. ¡No!... ¡no!... prosigue... prosigue!...
ADELA. Mira: en tu ausencia, no acierta
á hacer con aplomo nada:
si oye pasos, su mirada
se clava al punto en la puerta.
Y cuando te vé delante
de su umbral, noto, Maria,
que una súbita alegria
ilumina su semblante.
Con tu presencia se inspira;
te ama:
MARIA. ¿Lo crees?
ADELA. Sin duda.
MARIA. ¡Pero es á tí, á quien saluda!
ADELA. Si: pero es á tí, á quien mira.
MARIA. Yo ignoro por quién será
la esperanza que mantiene;
pero sé que por tí viene.
ADELA. Si; mas por tí no se va.
MARIA. ¿Lo crees tú así?
ADELA. Lo creo.
MARIA. Sin que á las chanzas acudas,
habla: yo tengo mis dudas.
ADELA. ¡Miren la pérfida!...
MARIA. Leo
en su mirada...
ADELA. La fé,

con que te adora dichoso.

MARIA. ¡Yo tambien!...

ADELA. Será tu esposo.

MARIA. Ven, Adela, abrázame.
¿No es verdad que es muy discreto
Cárlos, y que puede hacer
la dicha de una mujer?

ADELA. Ah!... si... es un hombre completo.

MARIA. Y... nuestro padre, ¿querrá
consentir en esta union?

ADELA. Oh!... si.

MARIA. Su resolucion
ley para mi alma será.
Si el interés le aconseja,
y quiere de él separarme,
yo sabré sacrificarme
sin exhalar una queja.

ADELA. ¡No es mas humilde el lenguage
de los santos mandamientos!...
Tienes unos sentimientos,
á los que rindo homenage.

MARIA. ¿Pues qué, tú?...

ADELA. Obedeceria:
Si!... ¿pero sin murmurar?
no!... yo antes de ir al altar,
gritaria... gritaria...
Mas cuestion tan espinosa
ya es bien que aun lado dejemos,
Cárlos te ama, y te veremos
muy pronto siendo su esposa.
Por supuesto, que en tu boda,
habrá baile: es de rigor.

MARIA. Loca!... siempre estás de humor.
(*Señalando al fondo en donde aparecen del brazo D. Luis y Adolfo que figuran estar hablando.*)

ADELA. Mira que bien se acomoda
todo á tu dicha.

MARIA. ¡ Gran Dios !
Nuestro padre, y el amigo
de Cárlos.
ADELA. ¡ Pues !.. ¿ No te digo ?
¡ Vienen del brazo los dos !..
Tu mano viene á pedir
de fijo.
MARIA. ¡ Me haces temblar !..
ADELA. ¿ Porque te vas á casar ?
¡ Qué tonta !
MARIA. Siento latir
el corazon...
ADELA. ¡ Cual te inquietas !..
MARIA. ¡ Ven... Vámonos !..
ADELA. Sí : que el caso
lo está pidiendo : y de paso,
nos hacemos las discretas.

ESCENA IV.

D. LUIS. ADOLFO.

ADOLFO. ¿ Se acuerda usté, cuando estábamos,
en tiempos de la Milicia,
de guardia ? ¡ Epoca propicia !...
¡ Qué buenas noches pasábamos !
LUIS. ¡ No recuerdo !...
ADOLFO. ¡ Cuántas veces,
despues de acabar la ronda,
nos íbamos á una fonda,
á comernos unos peces...
Allí se reia : y luego,
despues de beber un poco,
cantaba usted, como un loco.
LUIS. ¿ Yo ?
ADOLFO. ¡ Vaya !.. ¡ El himno de Riego !
¡ Y con qué voz !.. daba gloria
escucharle : ¡ ya se vé !

¡el entusiasmo!.. era usté
sargento.

LUIS. No hago memoria.

ADOLFO. Con aquel aire marcial,
infundia usted respeto:
en fin, era usté un completo
miliciano nacional.

LUIS. Tengo muy poco presente
esa época tormentosa.

ADOLFO. Pues hablemos de otra cosa.
Entro en la cuestion de frente.
Mi amigo Cárlos me envia
para saber la respuesta
que da usted á su propuesta
á la mano de María.
Desea que usted me anuncie
lo que mas le conviniere.
¿Es necesario que espere?
¿O es preciso que renuncie?

LUIS. No sabe usted los tormentos
que yo sufro al contrariarle:
siento mucho desairarle;
mas, ¡tengo otros pensamientos!...

ADOLFO. ¡Ola!.. eso me dá á entender,
que hace poco, protegia
usté su amor?

LUIS. Si!...

ADOLFO. ¡Seria
importuno suponer
que tan mal premio reciba
por su honradez!...

LUIS. Lejos de eso;
yo por su honor le profeso
una estimacion tan viva,
que ante su virtud me pasmo.
Y es tanta mi exaltacion,
que he llamado á la razon

para ahogar el entusiasmo.
El amor es muy fugaz :
saber debe el que se case ,
que el bienestar es la base
de la doméstica paz.
Pienso en los duelos prolijos
que debe un padre sentir ,
al mirar sin porvenir
á sus desgraciados hijos.
Dar la mano á una muger
por un amante deseo ,
es bajar el himeneo
á la esfera del placer.
Y el hombre que así se alista
en tan santa institucion ,
despreciando la razon
de estado , es un egoista.

ADOLFO. Usa usted al esplicarse
de una lógica inclemente :
¿ es decir , que solamente
los ricos pueden casarse ?
Ah !... para decir me fundo
que con padres tan severos ,
se moririan solteros
todos los pobres del mundo.

LUIS. ¡ Y qué quiere usted !

ADOLFO. Que inquietos
no estemos : porque á mi ver ,
usted no puede temer
por la suerte de sus nietos.
Usté es rico.

LUIS. No es gran cosa.

ADOLFO. Sin embargo , es lo bastante.

LUIS. Para un hombre , es humillante
deberlo todo á su esposa.

ADOLFO. Permita usted que me asombre :
Cárlos no tiene un tesoro ;

¿mas qué es el valor del oro,
puesto ante el valor del hombre?
¿No es un buen hijo?

LUIS. Si tal.

ADOLFO. Su accion merece obaciones.

LUIS. Con esas nobles acciones,
se muere en un hospital.

ADOLFO. Querria usted que defraudase
á los acreedores?

LUIS. No.

ADOLFO. Usted en su caso...

LUIS. Yo!...
seguramente:

ADOLFO. Lá base
de la paz del matrimonio
es la virtud!...

LUIS. ¡No replico!...

ADOLFO. Y un hombre siempre está rico,
teniendo ese patrimonio.
Así, en la ocasion presente,
mi amigo tiene derecho...

LUIS. En fin, sépalo usted: he hecho
una eleccion diferente.

ADOLFO. ¡Ah!...

LUIS. Decirle á usted prefiero
la verdad.

ADOLFO. Tanta franqueza
me obliga.

LUIS. D. Juan de Deza
será mi yerno.

ADOLFO. ¡El banquero!

LUIS. El mismo.

ADOLFO. Son afrentosas
las nuevas que han circulado:
dicen que el padre ha quebrado.

LUIS. Pehé... ¡Se dicen tantas cosas!

ADOLFO. Se añade, que de sus tres

quiebras viene la fortuna
del hijo.

LUIS. Esa es la importuna
murmuracion.

ADOLFO. Así pues,
usted se halla decidido,
a pesar de esos rumores,
á autorizar sus amores,
dando á su hija tal marido?
¿Y ella acepta ese himeneo?

LUIS. Una hija bien educada
siempre se encuentra inclinada
á realizar el deseo
de su padre.

ADOLFO. ¿Se han tratado?
¿Se estiman?

LUIS. ¡Qué pequeñeces¡
Se han visto dos ó tres veces
ya.

ADOLFO. Pues eso es demasiado:
Pongamos punto redondo
á cuestion tan importante.
Tres veces, ya es lo bastante
para conocerse á fondo.
¡Tres veces!... De esa manera,
se adoran ya sin remedio,
y unirse pueden por medio
de una estimacion sincera.
¡Tres veces!... ¡Tiempo capaz
de afirmar la simpatía
de los genios!... La armonía
que al matrimonio da paz.
Crímen es la violencia,
que al pecho mas duro espanta;
porque esa union sacrosanta
dura toda una existencia.
Es necesario guardarse

de entrar así, de ligero
en union tan larga... pero
usted no debe alarmarse.
Y si su hija se aniquila,
si á ese hombre no puede amar,
llévela usted al altar
con la conciencia tranquila.

LUIS. La costumbre es, en rigor,
la que á otros padres me iguala:

ADOLFO. Pues, la costumbre es tan mala,
que no puede ser peor.

LUIS. Yo cual ley la reverencio.

ADOLFO. Yo contra ella á sublevarme
voy: no quiero encerrarme
en vergonzoso silencio.
No quiero salir de aquí,
sin que publique mi lengua
de su proceder la mengua:
¡Cuántos padres hay así!
¡Cuántos!... Que su autoridad
manchan con torpes recursos;
y despues, en sus discursos,
brilla la moralidad.
Frios siempre, intolerantes,
matan nuestras ilusiones,
y arrojan imprecaciones
contra los pobres amantes.
Su vejez hablando pasan
de virtud... de religion!
pero, ¿con qué prevision
á sus pobres hijas casan?
¿Son tal vez con ellas justos?
Cuando las dan un esposo
¿piensan bien en su reposo?
¿Temen contrariar sus gustos?
No: que en su egoismo fiero
de oro ardiendo en sed impía;

hacen de ellas mercancía,
vendiéndolas al dinero.

LUIS. Basta : ese lenguaje osado...

ADOLFO. De la razon no se escede.
¿No es esto lo que sucede?
Cárlos ama, y es amado.
Cárlos es buen hijo : siente
en su pecho la honra arder,
sí : lo que acaba de hacer,
lo prueba bien claramente.
¡Y solo porque su accion
le empobrece, usted le deja
por otro!

LUIS. Me lo aconseja
la prudencia.

ADOLFO. La ambicion.
Compare usted un momento
de esos dos hombres el porte :
Cárlos, teniendo por norte
la honradez... el sentimiento
de un buen hijo, con notoria
virtud pierde su riqueza,
y salva con su pobreza
de su padre la memoria.
D. Jnan no repara en nada;
mira la honradez deshecha
del suyo, y él se aprovecha
de una fortuna robada.
Y usted haciendo pedazos
la honra de Cárlos, prefiere
á D. Juan : y unirle quiere
con indisolubles lazos
á su hija : y usted atropella
su juventud... su candor,
sin ver que el primer amor
arde inestinguible en ella.
¡Y á un tiempo en dos corazones

tiende usted mortales lutos!
¡Oh! Cuando al coger los frutos
de tan impías uniones,
os levanteis implacables
gritando inmoralidad,
si habeis conciencia, callad;
vosotros sois responsables.
Guardad quejas tan prolijas
en lo mas hondo del pecho,
y llorad sobre el deshecho,
limpio honor de vuestras hijas.
Y si á una torpe ambicion
sacrificarlas quereis,
fuerza es que les arranqueis
al nacer el corazon:
Pues de otra suerte, el imperio
paternal haceis odioso;
y al darles un mal esposo,
les brindais el adulterio.

LUIS. ¡Silencio!

ADOLFO. El cielo es testigo
de mi justa indignacion:
hoy mata usté el corazon
de mi desgraciado amigo.

ESCENA V.

D. LUIS, ADELA y MARIA.

LUIS. Ese hombre es un socialista
funesto. A tiempo llegais.
(*A María y á Adela.*)
(*Tomando de la mano á María.*)
Tengo que hablarte, hija mia.
¡Qué traje!... ¿Por qué no vas
á ponerte otro?

ADELA. Esto es hecho;
te casan.
(*A María.*)

LUIS. Hoy á D. Juan
tenemos á comer.

MARÍA. ¡ Cielos !
(*Aparte.*)

ADELA. Si mi padre intentará...
¡ Oh ! ¡ No puede ser !
(*Aparte.*)

LUIS. Procura
animarte.

MARÍA. ¿ Yo ?

LUIS. Si tal :
Cuando viene , no desplegas
los labios , y pensará...

MARÍA. Si yo no hallo que decir.

LUIS. Pues es preciso buscar ;
no crea que eres un ser
de raciocinio incapaz.

ADELA. Mi hermana hace lo que debe :
al hombre le toca hablar ,

LUIS. ¿ Eh ?

ADELA. Y á la mujer callarse.

LUIS. Aquí no hay necesidad
de tus consejos. Con Cárlos ,
bien hablabas.
(*A María.*)

MARÍA. Sin pensar
lo hacia.

ADELA. Porque los hombres
de talento siempre dan
campo á la conversacion :
pero á los necios , jamás
halla una que contestarles.

LUIS. ¡ Silencio !... Tú eres formal.
Óyeme bien , hija mia :
es en tu felicidad
en lo que debe pensarse
sobre todo : consultar

debemos á la razon
en este caso : además,
un padre es el consejero
mejor.
(*A María.*)

ADELA. ¿Dónde irá á parar?
(*Aparte.*)

LUIS. Cárlos tiene cualidades
escelentes : pero están
empañadas con lunares...

ADELA. ¡Grita!...
(*A María.*)

MARÍA. ¡Padre mio!...

LUIS. Ya
acabo : no es el esposo
que te conviene : quizás,
si atendemos á esa forma
que da la esterioridad,
le encuentres muy de tu gusto.

ADELA. Díle que si.
(*A María.*)

MARÍA. Si...
(*Con irresolucion.*)

LUIS. Eso ya
se comprende : las mujeres
siempre os dejais deslumbrar
por lo falso : D. Juan tiene
mucha mas formalidad
y aplomo : es hombre de mundo;
tiene posicion social,
que es lo primero que el hombre
debe saber conquistar,
para vivir dignamente
con la mujer á quien da
su mano : en una palabra :
es el esposo que mas
te conviene.

MARÍA. ¡Padre mio!
LUIS. No intento tiranizar
tus instintos: mas si tienes
en algo mi paternal
cariño; si eres buena hija,
mi vejez alegrarás.
MARÍA. ¡Por piedad!
LUIS. Ni una palabra:
lo quiero... lo mando.
MARÍA. ¡Ah!

ESCENA VI.

ADELA y MARIA.

ADELA. Tú no amas á Cárlos.
(*Despues de asegurarse que D. Luis ha salido, volviendo al lado de su hermana.*)
MARÍA. Sí.
ADELA. ¿Le amas? ¿Y puedes dejarle?
MARÍA. ¿Y qué hacer?
ADELA. No abandonarle.
Si yo fuera amada así,
y con egoismo fiero
se me casase, María,
como á tí, responderia
¡no!... ¡no!... matadme primero.
MARÍA. ¡Jamás!... ¿Qué hija se propasa,
aunque un hombre no la cuadre,
á contrariar á su padre?
ADELA. ¿Eres tú ó él quien se casa?
MARÍA. ¡Yo!...
ADELA. Y díme; ¿quién debe ser
venturosa ó infeliz?
MARÍA. ¡Yo!...
ADELA. Pues suyo es el desliz,
á tí te toca escoger.
MARÍA. ¿Quieres tú que despreciando

el mandato paternal,
disponga de mí?

ADELA. No tal:
pero cuando él violentando
tu instinto, de esa manera
te casa!...

MARÍA. De oirte me asusto.

ADELA. Yo me casaré, á mi gusto,
ó me moriré soltera.

MARÍA. Dios nos le ha dado por guia;
contrariarle, es impiedad.

ADELA. La paterna autoridad
tiene límites, Maria.
Si ese, que el cielo nos dió
por apoyo y por guardian,
te ordena amar á D. Juan:
¿le amarás?

MARIA. Creo que no.

ADELA. ¿Y no te dice elocuente
el alma, que tú has nacido
para amar á tu marido?
Responde.

MARIA. Seguramente.

ADELA. Pues bien: la antorcha sagrada
de amor no arde á los mandatos
de un padre: no: ni arrebatos,
ni súplicas logran nada.
Ante esa inmensa pasion,
todo calla... nadie puede
saber porqué se concede,
ó se niega el corazon.
Brújula que el curso imprime
de nuestra vida en el mar,
en vano se intenta amar
contra su instinto sublime.
Al tocar la senectud
nuestros padres, ¡oh dolor!

han olvidado el amor,
gloria de la juventud.
Y porque ya en los destellos
de otro nuevo amor se encienden
que sintamos no comprenden
lo que ya olvidaron ellos.

MARIA. ¡Sí!... Pero los padres dicen
que el amor pasa volando.

ADELA. Pasa sí; pero es dejando
recuerdos que se bendicen.
Pasa á perderse en el rio
tambien la fuente sonora,
y hace brotar bienhechora
las flores con su rocío.
Si accedes, hermana mia,
á ir de D. Juan á los brazos,
¿qué has de esperar de unos lazos
que forma la antipatía?
Matrimonio sin amores
es manantial de querellas,
cielo oscuro sin estrellas,
campo desierto sin flores.

MARIA. ¡Qué hacer, Dios mio!

ADELA. ¿Qué hacer?
¿No fué nuestro padre, dí,
quien te inclinó á Cárlos?

MARIA. Sí:
pero es fuerza obedecer.
Es mi padre al fin;

ADELA. Él dió
campo á tu amor inocente:
él te puso en la pendiente,
y tú la sigues.

MARIA. ¡Ah!... no.
¿Pretendes tú que yo sea
rebelde?... ¿Qué así concluya
con mi padre?

ADELA. ¿Es falta tuya
si él ha cambiado de idea?
¿Si antes tu amor sancionó;
es culpa tuya que ciego
pretenda apagar el fuego
que en tu corazon echó?
Yo le diria, es quimera:
no haga usted esfuerzos vanos:
se va usté á quemar las manos
al tocar en esta hoguera.
¡Qué!... ¿Puede un padre mandar
con un tono indiferente,
á su hija, así, de repente
que olvide, y que vuelva á amar?
Nosotras, que hemos venido
sin otra gloria á este mundo,
que el amor, gérmen fecundo,
¡decretarnos el olvido!
Cuando nuestra alma encendida,
surca de amor las esferas...
La muger que ama de veras,
no puede olvidar... no olvida.

MARIA. ¡Ah!... tú ignoras el dolor
punzante con que batallo:
tú piensas, porque le callo,
que es menos grande mi amor.
Las lágrimas que devoro
en lo profundo del pecho,
y mi sombrío despecho
publican cuanto le adoro.
Con todo: la voluntad
de un padre ha de ser cumplida:

ADELA. ¿Con que él te ha dado la vida
para tu infelicidad?

MARIA. ¡Yo alegraré la primera
su ancianidad!...

ADELA. Dí, María,

¿ y él fundará su alegría
en ajar tu primavera?
Tú no amas á Cárlos.

MARIA. ¡ Ah !...
¡ No comprendes tú el tormento
cruel que al perderle siento...
mas debo olvidarle ya !...
¡ Que él sea feliz !... ¡ Sí !... Que pueda
gozar la dicha y bonanza
que yo pierdo !... Es la esperanza,
que en este mundo me queda.

ADELA. ¡ Le amas !... Le pierdes, y llena
de resignacion estás...
¡ Yo no tendria jamás
una virtud tan serena !

ESCENA VII.

Dichas. CARLOS.

CARLOS. ¡ María !!!

MARIA. ¡ Quiero salirme
(*Con sobresalto.*)
de aquí !

ADELA. ¿ Pretendes matarle ?
(*Deteniéndola.*)

MARIA. ¡ Yo no debo ya escucharle !...

CARLOS. ¡ Ah !... ¿ Qué acaban de decirme ?
¿ Que usted se casa ?

MARIA. ¡ Piedad,
Dios mio !
(*Aparte.*)

CARLOS. Ese casamiento
injusto... cruel... violento
rechaza usté ; ¿ no es verdad ?
Usted á mi fé constante
no da tan indigno precio :
usted no guarda el desprecio
para un pecho tan amante.

Usted ignora, porque es
pura, el arte malhechor
de acariciar el amor
para matarle despues.
Porque yo amo su belleza
y la virtud que la abona,
mientras D. Juan ambiciona
solamente su riqueza.
Yo ya soy pobre, María;
mas cuando mi honra salvé,
pensando siempre en usté,
me animaba, y me decia:
si la virtud... si el honor
son la aureola del hombre,
podré ofrecerla mi nombre
sin llenarla de rubor.
Sin exhalar una queja,
de la suerte los desdenes
sufriré: lleve mis bienes,
si en cambio su amor me deja.
Pobre artista, pero amado
por ese ángel de dulzura,
pasaré una vida oscura,
pero feliz: á su lado
será el trabajo placer,
riqueza lo mas preciso...
porque ella hará un paraiso
de mi sencillo taller.
Mas esa actitud desata
de mis dudas el recelo...
hable usté en nombre del cielo,
que ese silencio me mata.

MARIA. ¡Por favor!... ¡Ah!... si pudiera
yo premiar tanto heroismo,
tanto amor, mañana mismo
la mano... el alma le diera.
Yo me sentia orgullosa

con tener tan noble dueño!...

CARLOS. Esclavo.

MARIA. Y era mi sueño
poder llamarme su esposa.

CARLOS. ¡Pues bien!...

ADELA. Tranquilízale:
dí que D. Juan todavía
no es tu esposo.

MARIA. ¡Qué agonía!...

ADELA. ¡Valor!...

CARLOS. ¡Ah!... ¡gracias!... (*á María*) Y usté
(*Tomándola la mano con gratitud.*)
mis amores, por impíos
cálculos, verá deshechos?

MARIA ¡Un padre tiene derechos!...

CARLOS. Y yo, ¿no tengo los mios?
Este fuego que me inflama,
vida de la creacion,
que quiere que un corazon
responda á otro que le llama;
esta pasion verdadera
cimentada en la virtud...
el honor... la juventud...
la naturaleza entera!...
¿No son derechos?

MARIA. Me advierte
mi deber que ceda, y cedo.

CARLOS. ¡Maria!...

MARIA Cárlos, no puedo
ser su esposa.

CARLOS. ¡Negra suerte!...

MARIA. Me ha dado usté á conocer
de una manera muy noble,
de cuánto es capaz la doble
fuerza de honor y deber.

CARLOS. ¡Destino al hombre fatal!
¿quién te preside á tí, quién?

que hasta el ejemplo del bien
sabes convertir en mal?

ADELA. ¡Pobre Cárlos!...

CARLOS. Bien : no quiero
contrariar esos deberes.
¡Ah!... si esto hacen las mugeres
con el amor verdadero!...

MARIA. Si nuestra suerte tirana
vernos nos permite!...

CARLOS. ¡Oh!... ¡si!...
(*Con profunda ironía.*)

MARIA. Siempre encontrará usté en mi
una afectuosa hermana.

CARLOS. ¿Se dignará usté de hoy mas.
despues de matar mi fé
recibirme? ¿Y para qué?
¿Para qué observe quizás,
cómo aquella candorosa
vírgen, de sonrisa pura,
siendo con mi amor perjura,
se ha trasformado en esposa?
¿Para que el mísero amante
devore con su mirada
tanta dicha consagrada
por ella á un rival triunfante?
¡Sí!... ¡sí!... mi infelicidad
dará al matrimonio encanto,
porque asi, contrasta el llanto
con la dicha: ¿no es verdad?
Ver al amante celoso
allí, con mirada impura,
devorando una ventura
que se reserva al esposo!
Ver como en silencio gime:
como con su amor batalla!...
ver cuan ridículo se halla
con su desgracia.. ¡es sublime!..

No : de los celos la hiel
usted no querrá brindarme :
no : yo no podré plegarme
á ese humillante papel.
No : yo nunca aceptaría
de ese martirio la palma!..
no : yo no poseo un alma
ni tan grande, ni tan fria.
Moriria de dolor
al ver que otro profanaba
esa frente que yo amaba
coronada de candor.

MARIANO. ¡ Padre !!! ¡ En qué afliccion me has puesto !

CARLOS. Eso á fingir equivale.

MARIANO. ¡ Cárlos !..

CARLOS. Sé bien lo que vale
ese hipócrita pretesto.
Si existe un padre que injusto
arrastra al pié del altar
á su hija, y la quiere dar
esposo contra su gusto,
Dios, que al nacer la imprimió
en el alma la conciencia,
ese Dios la da licencia
para pronunciar un no.
Y cuando acepta, lanzada
en el público desprecio,
por marido á un vil, ó á un necio,
es porque el necio la agrada.

MARIANO. (*Con amargura y dolor.*)
¡ Qué la agrada !!!

CARLOS. En cuanto á mí,
¡ no debo estar ofendido!..
Antes, fuí bien recibido :
¡ era rico!.. empobrecí,
y en la atmósfera fatal
de las desgracias entré :

¿burlan mi esperanza? ¿Y qué?

MARIANO. ¡Oh!..

CARLOS. Si eso es muy natural :
¡Yo creia que el honor
valia mas que el dinero!..
¡Necia ilusion!!!

ADELA. ¡Caballero!
no insulte usté su dolor.
Tal afrenta no conviene
á su virtud sobre humana :
no atribuya usté á mi hermana
sentimientos que no tiene.

MARIANO. ¡Cárlos!.. nuestra mútua fé
destino impío truncó...
¡Quién sabe si seré yo,
mas desgraciada que usté!..
(*Sale.*)

ADELA. (*Contemplando la inmobilidad de Cárlos.*)
¡Pobre Cárlos!... ¡me enternezco
al ver su actitud!.. le oprime
inmenso dolor sublime,
que admiro, y que compadezco.
¡Dios mio!.. Siento asomar
á mis párpados el lloro...
(*Viendo aparecer en el fondo á D. Juan.*)
¡D. Juan!!! ¡Pobre hermana! ¡al oro
te van á sacrificar!
(*Sale.*)

ESCENA VIII.

CARLOS inmóvil. D. JUAN y D. LUIS.

DON JUAN. (*En segundo término.*)
Pues mi suegro apronta el flete,
me caso, y libre de afan...
(*Viendo á D. Luis que aparece en el dintel de la puerta segunda de la derecha, Cárlos sale de su*

estupor, y los observa con indignacion y vergüenza.)
¡D. Luis!..

DON LUIS. ¡Querido D. Juan!..
(*Recibiéndole en sus brazos.*)
¡Por aquí!... á mi gabinete!..
(*Se entran.*)

CARLOS. ¡Oh!.. ¡Vergüenza!... ¿Con que es cierto
del oro el poder nefando?
¿Con qué he vivido soñando?
¿Con qué al fin estoy despierto?
Si asi la virtud vendida
se vé al oro torpemente,
odioso... amargo presente
es para el hombre la vida.

ESCENA IX.

CARLOS. ADOLFO apresuradamente

ADOLFO. Te encuentro al fin.

CARLOS. ¡Oh!.. me abrasa
la indignacion!..

ADOLFO. Sígueme.

CARLOS. ¡Me han humillado!..

ADOLFO. Lo sé.
Sal por siempre de esta casa:
Sal, y en el eterno olvido
echa accion tan afrentosa:
tú mereces otra esposa
mejor: no estés abatido.
¡Vamos!.. procura tener
mas valor... mas entereza...
no alhagues con tu tristeza
á su orgullo de mujer.
¡Qué diablos!.. ¡era tan fria!..

CARLOS. ¡La hipócrita!.. ¡La tirana!..

ADOLFO. Vale mucho mas su hermana:

lo que es yo, la preferia.
ADOLFO. ¡Ah!.. ¿Qué voy á hacer?
CARLOS. Lanzarte
con noble fé y alma fuerte,
para domar á la suerte,
en los dominios del arte.
¡El arte!.. ese amigo fiel
que nunca al honor empaña:
ese amigo, que no engaña
á los que se entregan á él.
¡El arte!.. Como á él apeles
con voluntad decidida,
verás resbalar tu vida
feliz entre los pinceles.
Él te hará olvidar las sérias
ideas de un triste amor:
él es el consolador
de las humanas miserias.
El casarse es mal preludio
para alzarse á sus regiones
sublimes: las atenciones
embarazan el estudio.
Un artista verdadero
huye de la esclavitud:
y pasa su juventud
ardiente, libre... soltero.
En alas arrebatado
de su talento, va... viene...
y viaja... y se detiene,
cuando se siente inspirado.
Y eterniza su memoria
del génio con las conquistas...
La esposa de los artistas,
Cárlos, debe ser la gloria.
CARLOS. Yo tan solo la queria
en mis sueños conquistar,
para verla reflejar

en los ojos de María.
Si mañana el laurel ciño
de esa gloria que soñé,
¿á quién se la ofreceré?

ADOLFO. (*Cogiéndole un brazo.*)
¡Vamos!.. ven conmigo, niño.

CARLOS. ¡Poder del oro!.. Él se lleva
mi esperanza... ¡mi existir!..

ADOLFO. Tú empiezas ahora á vivir:
esta es tu primera prueba.
Van á seguirla otras muchas:
mas tú no debes temblar,
no, Cárlos: para triunfar
en tus peligrosas luchas,
te queda en el proceloso
mar de tu nueva existencia
por brújula la conciencia:
voga atleta generoso.
¡Voga!.. y en firme actitud,
piloto de tus pasiones,
del vicio á los aquilones
opon la humilde virtud.
Yo con mi amistad te asisto...
tu honor te da fortaleza;
sé apóstol de la pobreza...
.ambien lo fué Jesucristo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Baile en casa del ABOGADO.

Salon de juego, que sirve al mismo tiempo de sala de descanso, rodeado de divanes. Por las puertas abiertas en el fondo se ven las salas de baile. Al correrse el salon, se oye la música, que cesará tan pronto como empiecen á hablar los personages.

ESCENA PRIMERA.

D. MANUEL, entrando en escena con los tres amigos que aparecieron en el primer acto en casa de CÁRLOS. En una mesa de juego, á la izquierda, varios jugadores entre los cuales está el Diplomático.

ANTONIO. (*Al abogado.*) Da usté un baile encantador.
Se ven en él adorables
figuras.
MARIANO. Yo he reparado
en dos jóvenes, dos ángeles
de belleza.
ANTONIO. ¿Quiénes son?
MARIANO. No sé: pero en sus semblantes
se halla cierta semejanza;
aunque una de ellas tiene aire
de candor, mientras que la otra
es viva... alegre... incitante...
MANUEL. ¡Adivino!...
MARIANO. La mayor

tiene esa palidez mate
del dolor :

MANUEL. Ha conocido
con efecto los pesares,
y temo que el porvenir
se los aumente.

ANTONIO. Y se sabe...

MANUEL. Ha hecho muy mal matrimonio.

ANTONIO. ¡ Pobre muchacha !

MANUEL. Su padre
contrarió sus afecciones :
la dió un esposo intratable ;
jugador, y libertino.

MARIANO. Los derechos paternales
respetemos.

MANUEL. Voy á dar
una vuelta por el baile.

ESCENA II.

Dichos, menos el ABOGADO.

ANTONIO. ¿ Sabeis á quien he creido
reconocer ? al amable
Cárlos.

JORGE. ¿ Y qué es de su vida ?

ANTONIO. No sé.

MARIANO. Por ninguna parte
se le encuentra.

ANTONIO. Está arruinado.

MARIANO. ¡ Pobre diablo !

JORGE. ¡ Lamentable
posicion !

ANTONIO. Si, ciertamente.

MARIANO. Y, ¿ cómo ha sido ese lance
de fortuna ?

ANTONIO. ¡ Qué sé yo !
Se ha portado con bastante

honor, segun aseguran :
se habla de un inimitable
rasgo... en suma, está pobre.

MARIANO. ¿Y cómo vive? ¿qué se hace?

ANTONIO. No sé : pero en otro tiempo,
manchaba lienzos.

MARIANO. ¡Pobre arte!
¡Ya me acuerdo!

ANTONIO. Segun dicen,
aquellos cuadros fatales...

MARIANO. Si!... los que nos presentaba
en sus comidas, con grandes
pretensiones!...

ANTONIO. Ha intentado
venderlos...

MARIANO. ¡Qué disparate!

(*Cárlos aparece por el fondo, vestido con aseo, muy modestamente, y leyendo una carta.*)

ANTONIO. Silencio : ahí viene : salgamos;
porque si nos halla, es fácil
que como es pobre...

MARIANO. Sí... sí :
Estos pobres son fatales
para el bolsillo.

(*Salen.*)

ANTONIO. (*Contemplándole.*)
¡Pobre hombre!
Dá compasion el mirarle.
Tenga usté honor : sea usté bueno :
en fin, Dios premia á los mártires.

(*Sale.*)

ESCENA III.

CARLOS. Los jugadores en la mesa.

CARLOS. (*Leyendo.*)

Mi querido Cárlos : procure usted abandonar la soledad en que vive, y no deje usted de venir á mi baile. Yo le doy espre-

samente por usted. En él encontrará usted un punto de reunion de sus antiguos acontecimientos, mas bien que una *soiré* mundana. He imaginado este medio, para reunir á todos aquellos de quienes espera usted alguna cosa, y á los cuales no ha podido usted encontrar en su casa. Además de eso, tenemos que hablar los dos.

P. D. Conozco que la presencia de la esposa de D. Juan, le será á usted muy dolorosa, pero no he podido dispensarme de invitarla; procure usted dominar su corazon.

(*Declama.*)
¡Oh!... la esposa de D. Juan,
no es ya María? ¡Dios mio!...
¿Por qué he venido á este baile?
¿Por qué no me ha detenido
el temor de hallarla aquí?
(*Va á sentarse á la derecha, cerca de una mesa desocupada.*)
¡Ella está ahí!... sus hechizos
la hacen reina de una córte
de jóvenes, que solícitos
ambicionan su sonrisa...
¡Sí!... de jóvenes vestidos
a la última moda... y yo...
(*Mirándose el trage.*)
Con este trage mezquino...
(*Dando un golpe en la mesa.*)
¡Ira de Dios!...
(*El diplomático vuelve la cabeza, y al ver que Cárlos le reconoce, se dirige á él. Los demas jugadores se levantan, y salen.*)

FEDERICO. ¡Qué dichosa
casualidad!

CARLOS. (*Como contrariado.*)
¡Sí!...

FEDERICO. ¿Qué ha sido
de usted, que por parte alguna
se ha dejado ver?

CARLOS. ¡Ah!... ¡Vivo
muy alejado del mundo!
FEDERICO. Ya me han contado el magnífico
rasgo...
CARLOS. He estado varias vecés
á verle á usté, y no he podido
hallarle en casa.
FEDERICO. Lo siento
en el alma: no me han dicho
nada mis criados: ¡son
tan torpes!... yo soy su amigo;
¿puedo serle útil en algo?
CARLOS. ¡Sí... precisamente cifro
mi esperanza en usté.
FEDERICO. (*Con aire distraido y poniéndose los guantes.*)
¿En mí?
CARLOS. En otro tiempo, me dijo
usted que aceptase empleos,
que yo rehusé: hoy sumido
en la desgracia, me veo
precisado...
FEDERICO. Hay infinitos
como usted, que quieren ser
empleados: los ministros
están por la economía:
de manera, que aun los chicos
de mejores influencias,
tienen que esperar un siglo
para alcanzar...
CARLOS. Es decir,
que por ahora no hay indicios...
FEDERICO. (*Con frialdad.*)
Mas adelante, veremos.
CARLOS. ¡Muy bien!
FEDERICO. Raimundo es mi amigo...
CARLOS. ¡Raimundo!...
FEDERICO. Está en candelero.

CARLOS. (*Aparte.*)
¡ Qué mudables son los giros
de la fortuna!... A Raimundo
con indignacion y hastío
cerré ayer mi puerta :
hoy seria despedido
por él.

FEDERICO. Tiene valimiento :
si usted quiere, yo me obligo
á presentarle.

CARLOS. (*Secamente.*)
No, gracias.

FEDERICO. A Dios : cuente usted conmigo.

CARLOS. Voy viendo desvanecerse
á impulsos de mi destino
mis últimas esperanzas!...
¡Qué cambio!!! ¿y por qué?... mis títulos
á la consideracion
pública, ¿no son los mismos?
¿valgo menos que valia?
¡ Menos valgo... sí... muchísimo
menos : en el concepto
de ciertas gentes, el brillo
del oro presta talento.

ESCENA IV.

CÁRLOS. Los tres acreedores y D. ANSELMO, que va á sentarse á la derecha, acompañado del tercer acreedor, que es D. TIBURCIO.

PASCUAL. ¡ Es encantador!... ¡ divino!...
(*A Tadeo.*)
No he visto en toda mi vida
un baile tan pintoresco,
tan animado.

ANSELMO. Este lujo
(*A Tiburcio.*)

es inmoral : en mis tiempos,
la clase media tenia
mas modestia : hoy pretendemo
ser todos grandes señores!...
¡ Ah!... créame usté : todo esto
lo traen las revoluciones :
¡ las revoluciones!

CARLOS. Quiero
(*Saliendo de su apatía.*)
probar mi último recurso :
adelante. ¡ Caballeros!...
(*Llegándose á los acreedores primero y segundo.*)

PASCUAL. ¡ Oh!... ¡ qué agradable sorpresa!

TADEO. Sí : siempre recordaremos
la abnegacion con que usted...

CARLOS. Gracias, señores : supuesto
qûe respecto á mí les hallo
tan indulgentes, me atrevo
á pedirles un favor.

PASCUAL. ¡ Malo!

CARLOS. Yo tengo un proyecto
que será inútil, si no hallo
quien en calidad de préstamo
me adelante cien mil reales,
que pagaria en el término
de dos años : os lo juro
por el honor, que es mi aliento.
Los acreedores bajan la cabeza, y callan.)
Suplico á ustedes, señores,
me dispensen, si molesto
su atencion : las circunstancias
me obligan.—En todos tiempos
(*Al primer acreedor.*)
me dijo usted que podia
de su bolsa y de su crédito
disponer.

PASCUAL. Seguramente :

y por mi parte, celebro
que tenga usted la memoria
tan clara... tan buena!... pero
no quiere usted ya como antes
pintar?... animar el lienzo...
cultivar las artes?

CARLOS. ¡Sí!...
(*Con amargura.*)
ese era mi pensamiento:
pero los que compran cuadros,
me enseñan con su desprecio
á conocerme.

PASCUAL. Esos hombres
(*Con indignacion.*)
son ignorantes... groseros...

CARLOS. El interés es buen juez:
si yo pintára bien, ellos
comprarian mis pinturas.

PASCUAL. Usted está cometiendo
una horrible felonía.
¡Sustraerse á la voz del génio!...
¡yo soy artista!... yo adoro
los cuadros, y en usté encuentro
cualidades... siga usted
la senda que guia al templo
de la fama, y algun dia
me agradecerá el consejo
que le doy.
(*Le aprieta la mano y se vá.*)

CARLOS. (*Con amargura.*) ¡Muy bien! y usté
(*A Tadeo.*)
querrá!...

TADEO. Francamente: pienso
que es echarle á usté á perder
el prestarle ese dinero:
se va usté á vulgarizar
completamente, y no debo

contribuir...

CARLOS. ¡Miserables!...

TADEO. Ahora: si para otro objeto
(*Cogiéndole la mano.*)
necesita usted, ya sabe
que me encontrará: hasta luego.
(*Se vá.*)

TIBURCIO. ¡Avaros!... Es vergonzoso...
(*Levántándose y acercándose á él indignado.*)
si yo tuviera el dinero
que ellos tienen, ¡ya veria
usted!...
(*Se vá.*)

CARLOS. ¡Oh!... me ahoga el despecho;
¡la vergüenza!

ANSELMO. ¡Oiga usted, jóven!...
Usted posee mi aprecio.
(*Levantándose y presentándole la mano.*)

CARLOS. ¡Cómo!... ¿Usted se dignaria
darme esa suma?

ANSELMO. ¿Eh? No entiendo:
soy algo sordo: la edad...

CARLOS. ¿Se burla usted?...

ANSELMO. ¡Pues¡... Efecto
de los años: buenas noches.
Siga usted; siga usted siendo
un hombre de honor: es fuerte
el que sin remordimientos
tiene la conciencia.
(*Váse.*)

CARLOS. ¡Bien!...
¡Miserables usureros!...
¡Insultad mi limpio honor!...
¡Lanzad sarcasmos horrendos
sobre mi frente!... ¡Al pagaros,
que necio anduve... qué necio!
Mas... ¿cómo vivir?... ¡Dios mio!

¡No sé qué hacer!... ¡No hallo medios
de adquirir la subsistencia!...
¡Ah!... ¡Yo de arrogancia lleno,
despreciaba la miseria!...
¡Ningun hombre, por inepto
que nazca, se muere de hambre:
me decia!... Y hoy sospecho
que yo me podré morir,
sin que mis justos lamentos
alcancen á conmover
á esa sociedad de hielo.

ESCENA V.

CARLOS. El capitalista.

RAFAEL. ¿Qué diablos hacia usted
con esa gente?
CARLOS. Pedia
un préstamo.
RAFAEL. Já... já... já...
¿Y bajo qué garantías?
CARLOS. Bajo mi honrosa palabra.
RAFAEL. ¡La honradez!... ¡Qué tonteria!...
Hoy ya no se presta mas
que sobre una buena finca.
¡Por qué no me creyó usted,
cuando yo le proponia
una buena dote!... En fin;
si usted es dócil, y estima
mis consejos, le haré rico.
¿Ha pasado usté revista
á todos los acreedores?
CARLOS. A todos.
(*Con disgusto.*)
RAFAEL. Uno se olvida.
CARLOS. ¿Y quién es?
RAFAEL. La acreedora.

CARLOS. ¡Ah!... Yo jamás pediria
un préstamo á una mujer.

RAFAEL. Es que usté no va á pedirla
dinero.

CARLOS. ¿Pues qué es?

RAFAEL. Su mano.

CARLOS. ¿Su mano?

RAFAEL. Sí.

CARLOS. Usté delira.

RAFAEL. No señor : desde aquel rasgo,
la tiene usted conmovida :
si usted la pide su mano,
se la dará : es cosa fija :
y con un nudo legítimo,
encadena usté á la víctima.

CARLOS. ¡Tiene cincuenta años!...

RAFAEL. ¡No!...
Cuarenta y cinco : ¡Y qué implican
los años!... ¡Quién piensa en esas
esterioridades frívolas!
Las mujeres y las flores
al momento se marchitan :
el amor dura muy poco :
la belleza es fugitiva :
pero la plata... la plata...

CARLOS. ¡Cincuenta años!!!

RAFAEL. ¡Qué manía!
¡Cuarenta y cinco!

CARLOS. ¡Jamás!

RAFAEL. ¡Qué niño es usted!

CARLOS. ¿Vendidas
mi honra y mi fé?... ¡Qué vergüenza!...

RAFAEL. ¡Vamos!... ¡Mas filosofía!...
Desde que usted está pobre,
¿qué encuentra usted en la vida?

CARLOS. Desengaños.
(*Va á sentarse.*)

RAFAEL. ¡Es muy grato
(*Siguiéndole.*)
vivir en una bohardilla
triste; usted, cuya elegancia
causaba asombro y envidia;
usted, presentarse así,
mientras que en el baile brilla
el lujo.

CARLOS. ¡Ah!...

RAFAEL. Es necesario
renunciar á las conquistas.
Los amantes mal vestidos
tan solo desden inspiran
á las mujeres. Há poco
que una al verle á usté, decia
bastante alto: «¡pobre Cárlos!
¡qué figura tan ridícula!»

CARLOS. ¡Oh Dios!...

RAFAEL. ¿No ha notado usté
que á todos es repulsiva
su presencia? ¿Qué es de aquellos
billetes que recibia
usted, cuando estaba rico?
¿Qué personas le visitan?

CARLOS. Ninguna! solo mi amigo
Adolfo!...

RAFAEL. Digo ¿y la antigua
turba aquella de parásitos?

CARLOS. Si... la he perdido de vista.

RAFAEL. Yo tambien ha bia notado
eso mismo: parecia
que se hallaba usté atacado
de la peste: temerian
tal vez, que usted les pidiese
dinero.

CARLOS. ¡Caterva inícua
(*Levantándose con cólera.*)

de miserables bribones!
Huir de la presencia mia,
ellos que me fatigaban
con sus torpes y contínuas
adulaciones : huir ellos,
que apenas me distinguian
en los cafés... en las calles...
me cercaban con solícita
inquietud!... canes hambrientos,
que al devorar mis comidas,
entretenerme intentaban
con sus bufonadas cínicas!...
¡Ah! quisiera recobrar
hoy mi opulencia perdida,
para escupirles al rostro.

RAFAEL. Así se habla!... en usté estriba :
cásese usted al momento :
esa muger es riquísima;
yo manejaré el dinero,
y antes de poco triplica
usté el capital; entonces
verá usté como se humillan
los que ahora le desprecian.
Tendrá usted una magnífica
casa : una mesa escelente :
coches... caballos... queridas...
si!... verá usted cómo entonces
todo cambia : perspectiva
deliciosa!... el oro... el oro
es la potencia infinita,
que mueve á esta sociedad.
Por el nacimiento, hoy dia,
concede el mundo á los hombres
deferencia, aunque mezquina;
por el talento, muy poco;
por la probidad, ni pizca.
El que sabe enriquecerse,

ese... ese encuentra la mina :
los hombres le lisonjean ,
y las mujeres le miman.
(Carlos *dá muestras de aprobacion.*)
Con que vamos , pues ; ahí fuera
con oro la suerte brinda...

Carlos. (*Dudoso.*) Un instante !...

Rafael. Nada... nada ;
preciso es que yo dirija
esta boda.

Carlos. Pero...

Rafael. Nada :
no oigo : en vano me suplica
usted : corro á arreglar esta
interesante entrevista.

ESCENA VI.

CARLOS. ADOLFO, que habrá escuchado la última parte de la escena.

Adolfo. Cárlos !...

Carlos. (*Contrariado.*) Eres tú ?

Adolfo. Yo , sí :
yo , que cual leal amigo,
á todas partes te sigo :
yo , que velo sobre tí.
Ah !... quien así te aconseja ,
mal tu virtud glorifica :
dí , Cárlos ; ¿ qué significa
la cita con esa vieja?
Habla !... no estés tan callado.

Carlos. ¿ Desde cuando eres curioso ?

Adolfo. Desde que estás temeroso
de que yo te haya escuchado.
Viendo estoy que mi presencia
á tu pesar no te agrada,
porque está identificada
con la voz de tu conciencia.

Antes, aun en los momentos
de amargura estabas puro,
y yo te hallaba seguro
de aprobar tus pensamientos.
Un dia, siendo el azote
de sus consejos, te erguiste,
y á ese banquero dijiste
al proponerte una dote:
«Si del alma el tiempo insano
los nobles instintos trunca,
jóven, no venderé nunca
mi corazon, ni mi mano.»
Y al hablar, la elevacion
de tu vírgen pensamiento
mostrabas; y era tu acento
hijo de la conviccion.

CARLOS. Si yo de idea he cambiado;
si ya el honor no me guia,
Adolfo, no es culpa mia;
lo es de este siglo menguado.

ADOLFO. ¿Del siglo?

CARLOS. Sí: que maldigo
con cuanto rencor me es dable:
siglo al crímen favorable,
de la honradez enemigo.
Veamos: la noble accion
que mi hacienda ha consumido,
¿qué recompensa ha tenido?
¿qué premio?

ADOLFO. Tu aprobacion.
¿Qué otro premio es necesario,
que honrar de tu padre el nombre?
¿ó es ya tan mezquino el hombre,
que hace el bien por un salario?

CARLOS. ¡Mi aprobacion!... ¿la mujer
me volverá que he perdido?

ADOLFO. No: pero si has procedido

con honra, puedes tener
el corazon satisfecho:
yo, que amo el honor, ufano
vengo á estrecharte la mano:
(*Se la aprieta.*)
¡yo, que á pocos se la estrecho!

CARLOS. Para que la afrenta sobre
á mi honradez ultrajada,
ella está aquí engalanada,
y yo ridículo y pobre.

ADOLFO. Al verla entre sus amigos
cruzando triste esas salas,
mas bien que en lucir sus galas,
piensa en llorar sin testigos.

CARLOS. ¿Qué dices?

ADOLFO. D. Juan, su esposo
su limpia virtud no acata.

CARLOS. ¡Ah!... me alegro...

ADOLFO. La maltrata:
es libertino... envidioso...

CARLOS. ¡Bien!....

ADOLFO. Jugador despreciable
que la arruinará...

CARLOS. Mejor;
que se muera de dolor...
¡que se vea miserable!...

ADOLFO. Tu odioso rencor ataja.
No sientas tan bajamente:
véngate mas noblemente;
conquista un nombre: trabaja.
conserva tu honor ileso;
pide al génio inspiracion.

CARLOS. ¡Al génio!... tienes razon:
hablemos un poco de eso:
yo animado me creia
por ese soplo de Dios;
y de mi arrogancia en pos,

ya soy pintor, me decia.
Y al poner mis cuadros bellos
en venta, ví con pesar
que nadie los fué á comprar.

ADOLFO. De ensayo te sirvan ellos.
¡Ánimo!... debes seguir
trabajando.

CARLOS. Esa esperanza
ya á sostenerme no alcanza:
no tengo con que vivir!

ADOLFO. Cuanto poseo...

CÁRLOS. ¡Por Dios!

ADOLFO. Soy pobre, pero no obstante...

CARLOS. Para tí solo, es bastante:
muy poco para los dos.

ADOLFO. Si la suerte nos redujo
á tan fieras agonías,
hay un medio.

CÁRLOS. ¿Cuál?

ADOLFO. Podias
dar lecciones de dibujo.

CARLOS. ¿Yo? ¿Dar lecciones?

ADOLFO. ¡Sí!...

CARLOS. ¿En casa
de particulares?

ADOLFO. Veo
que te alarmas, y no creo
que hay razon.

CARLOS. La ira me abrasa.
¿Ser asalariado yo?
¡Dar leccion!... ¿Hacer cariños
á los insufribles niños
de los ricos? Eso, no.

ADOLFO. ¡Hola!... Amamos orgullosos
el trabajo que ha de hacer
al mundo, un dia, romper
en bravos estrepitosos?

¿En cuanto á pasar los dias
haciendo un trabajo oscuro,
pero honroso, eso es muy duro?
¿Se deja á las medianías?...
Te pierde el ser altanero,
Cárlos.

CARLOS. ¡Maestro ambulante!...
¿Y por qué no, vergonzante
repartidor, ó cartero?
¡Ruin honor!!!

ADOLFO. ¡Blasfemia impía!

CARLOS. ¡Oh!... ¡Si las cosas tuvieran
un remedio!... ¡Si se hicieran
dos veces!...

ADOLFO. ¿Cómo?...

CARLOS. Diria:
«Hombres en la intriga diestros,
que haceis del vicio una ciencia:
hombres sin fé... sin conciencia...
¡Plaza!... Yo soy de los vuestros.
—Usted, á quien ver consigo
por ser á su honor aleve,
hecho ídolo de la plebe...
toque usted... yo soy su amigo.
—Usted, logogrifo humano,
ambulante peripecia;
que por el oro desprecia
la virtud... venga esa mano.
—Relajado, libertino,
á quien la palabra asusta,
mientras que el pecado gusta...
toca, porque te adivino.
—Petardistas... renegados...
usureros... y bribones
de todas las condiciones
y de todos los estados,
¡salud!... nosotros debemos

estrechar nuestra amistad :
sí, mezquina sociedad,
nosotros te comprendemos.
Nada importa que el desdoro
echemos con fin siniestro
¡sobre tí!... ¡Ya el mundo es nuestro!...
¡Silencio!... Tenemos oro.

ADOLFO. ¡Calla!... No de esa manera
marchites las ilusiones
del alma : tus espresiones,
tu sarcasmo atroz modera.
Aun el mundo no está yermo
de virtudes : tu imprudente
ira dice claramente,
que tu espíritu está enfermo.
Tú, que para el bien fecundo
fuiste, y por eso te quiero,
buen hijo, que es lo primero
que hay que ser en este mundo.
Tú, cuya virtud redime
de tu padre la memoria,
¿querrás hundir en la escoria
sentimiento tan sublime?
¡Cárlos!... recobra tu juicio :
la virtud no es la arrogancia,
sino la perseverancia
que va en pos del sacrificio.
Y que sola, abandonada,
cruza al través del torrente
del mundo, y lleva la frente
de modestia coronada.
A las burlas del cinismo,
la alta virtud se mantiene
firme : y el hombre que tiene
la conciencia de sí mismo,
come el pan que entre sudores
ganar su honor le aconseja

no la dote de una vieja,
á la cual se miente amores.

CARLOS. ¡Silencio, Adolfo!...

ADOLFO. ¿Por qué,
si me sobra la razon?
Quien vende su corazon,
venderá su honra y su fé.
Y si el honor se te olvida,
si te llegas á casar,
no te vuelvo á saludar,
mientras me dure la vida.
Los cielos me son testigos.

CARLOS. Será mi última leccion;
Ovidio tiene razon:
para el pobre no hay amigos

ADOLFO. ¿Cómo?

CARLOS. A un lado esplicaciones.
Tú presumes de imperioso,
y á mí me falta el reposo
para escuchar tus sermones.

ESCENA VII.

ADOLFO solo.

¡Ingrato!... ¡mal corazon!...
Mas, no: es un estado el suyo
febril: no tiene él la culpa:
la tengo yo: mis discursos
le fatigan: debo hablarle
como á un enfermo, con mucho
cariño: buscar el tono
que persuade... es el recurso
mejor: si... debo guiarle
sin que él lo note: así triunfo,
y á él le dejó en la creencia
que obra por su propio impulso.
(*Adela y Maria entran por el fondo cogidas del*

brazo : Adolfo al verlas dice como herido de una idea súbita.)
¡ Oh ! ¡ qué idea !... ¡ Si lográra !...
Ella es buena , y Dios es justo.

ESCENA VIII.

ADELA, MARIA y ADOLFO.

ADOLFO. ¿ Cómo abandonan la fiesta
las dos reinas del salon?
ADELA. Su escesiva animacion
mas que divierte, molesta.
ADOLFO. Temo arrostrar sus enojos :
(*A Adela.*)
mas , señorita , deseo
hablar á usté , porque leo
la bondad que hay en sus ojos.
ADELA. ¿ De qué se trata ?
ADOLFO. Se trata
de mi amigo , que lo fué
en otro tiempo de usté.
ADELA. ¿ De Cárlos ?
ADOLFO. La suerte ingrata
le pagó muy mal.
ADELA. ¡ Oh ! si.
ADOLFO. Perdóneme usté , si insisto
en hablar de él.
(*A Maria.*)
ADELA. ¿ No le has visto ?
(*Con cierta turbacion.*)
MARIA. ¡ Yo ? Con efecto : creí
divisarle...
ADELA. Yo en su busca ,
al verle , corrí anhelante...
pero él se evadió al instante ,
de una manera muy brusca.
ADOLFO. Le hace andar su mala suerte

triste... desasosegado.

ADELA. Debe ser muy desgraciado;
en su timidez se advierte.

ADOLFO. Si: ya el sol de la opulencia
para él no lanza destellos,
y huye delante de aquellos
que le ven en la indigencia.

ADELA. ¡Oh!... ¡qué horrible situacion!
su noble comportamiento
solo escita un sentimiento;
y es el de la admiracion.

ADOLFO. Él cree que su pobreza
tan solo á risa provoca.

MARIA. A nosotros, no nos toca
mas que admirar su grandeza.

ADOLFO. ¡Su estrella ha sido tan mala!
bebió el triste tanta hiel,
que recela.,.

ADELA. ¡Reir de él,
cuando ninguno le iguala!...
Con sus hidalgas pasiones
debe estar mas satisfecho
que otros, luciendo en el pecho
placas... condecoraciones.
Pues si su órgullo se calma
con esa esterior grandeza,
entre nobleza y nobleza,
la mejor es la del alma.

ADOLFO. Si así quisiera usté hablarle,
tal vez brotára la fé
en su pecho.

ADELA. Si: lo haré,
si es que consigo encontrarle.
Y aun mezquina recompensa
para su honradez la creo.

MARIA. Tambien yo hablarle deseo...

ADOLFO. No: de usted, fuera una ofensa.

(*A Adela.*)
Corro á buscarle, y asi,
á la dulce vibracion
de esa voz, su corazon
podrá ensancharse: (*viéndole.*) Héle aqui.
(*Adolfo se dirige á él: Adela y María se retiran á un lado de la escena.*)

ESCENA IX.

CARLOS, ADOLFO, ADELA y MARIA

CARLOS. (*Tendiéndole la mano.*)
¡Adolfo!... si me disculpa
de mi desdicha el esceso,
perdóname.
ADOLFO. (*Tomándola con cariño paternal.*)
No hables de eso:
ha sido mia la culpa.
Ahora, piensa en dominarte.
CARLOS. (*Con espanto.*)
¡Qué veo!... ¿Adela, y María?
Vámonos.
ADOLFO. (*Deteniéndole.*)
Qué niñería.
Tú no puedes escaparte
así: repara que estamos
en sociedad, y es preciso
salvar ese compromiso.
(*Ofreciéndole el brazo.*)
Cójete, y las saludamos...
(*Pasan delante de ellas, y las saludan.*)
ADELA. (*Adelantándose, y deteniendo á Cárlos con insinuante amabilidad.*)
Un instante, caballero:
permita usted que le diga,
que de una leal amiga
no se huye tan de ligero.

Me complazco en contrariar;
y mis instantes mas bellos
son siempre, cuando hablo á aquellos
que no me quieren hablar.
(*Adolfo la dá muestras de aprobacion, y se retira con María á quien ofrece el brazo, observando los dos con cariñoso interés la escena que pasa entre Adela y Cárlos.*)

CARLOS. (*Confuso.*)
¡Señorita!...

ADELA. Deje usté,
en estos dulces momentos,
á un lado los cumplimientos.

CARLOS. ¡Estoy confuso!... no sé...

ADELA. Yo reñirle á usted debiera,
por no querer persuadirse
que es mal hecho el evadirse
de una amiga verdadera.
Pero esta vez, en el lazo
cayó usté de la amistad:
¡cuánto esa contrariedad
me encanta! déme usté el brazo.
(*Se le toma.*)

CARLOS. Con tanta dicha, me abismo:
pero...

ADELA. ¿He creido escuchar
que me invita usté á bailar?...
Con mucho gusto: ahora mismo.

CARLOS. ¡Señorita!... Si yo fuera
tan feliz...

ADELA. (*Con coquetería.*)
Bien: cedo ya.
¡Sea usté feliz!... será
para la polka primera.

CARLOS. ¡Sé que es usted generosa,
y que alienta á un desgraciado!

ADELA. Está usted equivocado,

Cárlos : yo soy orgullosa.
Mas de su honra al grato arrullo
toda mi altivez se amansa.

ADOLFO. (*Con mal reprimida alegría.*)
¡Bien!...

ADELA. Y mi brazo descansa
en el de usted, por orgullo.
Sí : que bien tiene derecho
al homenage mezquino
de una mujer, el divino
honor que alienta en su pecho.
Yo puedo ir tranquilamente
á su lado, sin temor
de que me queme el calor
de la vergüenza la frente.
Si la maldad tiene arteras
y humillantes espresiones,
para ahogar las espansiones
de las jóvenes solteras :
Si es tan mortal su eficacia,
que nuestro instinto esclaviza,
y el deshonor profetiza
cuando se honra á la desgracia,
nada importa : yo rechazo
su acusacion calumniosa :
yo voy feliz y orgullosa,
porque me apoyo en su brazo.
Si el mundo calumnias teje,
su maldad no me aniquila...
la virtud puede ir tranquila,
cuando el honor la proteje.

CARLOS. ¡Ah!... sí :

ADELA. Contra su hado fiero
no lanza usted ni un reproche...
¡Ah!... Muy bien : tengo esta noche
un héroe por caballero.

CARLOS. Mi emocion no halla espresiones...

¡Dios mio!... ¿Qué dicha es esta!
(*Se oye la música.*)

ADELA. A tomar sitio: la orquesta
resuena ya en los salones.

CARLOS. Sí... sí: vamos sin tardanza:
mi dolor toca á su ocaso...
¡Turba mezquina!... abre paso
al ángel de mi esperanza.
(*Salen por el fondo.*)

ADOLFO. ¡Ah!... Su dicha no me admira;
los dos son puros... son buenos...

MARIA. Dígale usted por lo menos,
(*Saliendo.*)
el interés que me inspira.
(*Salen.*)

(*Varias parejas atraviesan por el fondo, dirigiéndose á los salones. Entre ellas, viene D. Rafael dando el brazo á Doña Petra.*)

RAFAEL. Digo que espera esta cita
(*Entrando en escena.*)
con ansia... Pero, no está:
(*Mirando á todas partes.*)
¡Traidor!... ¿Por dónde andará?
Sígame usted, señorita.
(*Arrastrando á la vieja.*)
(*Desaparecen.*)

ESCEUA X.

D. JUAN, seguido de D. PASCUAL.

JUAN. Entremos aquí un instante,
y mientras están bailando,
hablemos.

PASCUAL. Bien.

JUAN. Necesito
para mañana temprano
mil duros: ¿lo entiende usté?

PASCUAL. ¿Y adónde voy á buscarlos
á estas horas?
JUAN. Al infierno.
PASCUAL. Me parece un poco largo
el viaje.
JUAN. No gastemos
el tiempo en chanzas: mi estado
es muy crítico.
PASCUAL. Me consta.
JUAN. Con esos mil duros, gano
de fijo.
PASCUAL. Sí... como anoche
con los dos mil.
JUAN. El caballo
salió en puerta: con que... ¿puedo
contar...
PASCUAL. Veremos.
JUAN. Mas claro:
necesito una respuesta
terminante.
PASCUAL. Bien: me allano
á buscarle á usté esa suma.
Procure tener firmado
un recibito...
JUAN. Corriente,
lo haré.
PASCUAL. Ya sabe usté el tanto
por ciento...
JUAN. Poco me importa:
dinero es lo que reclamo
de usted.
PASCUAL. Lo tendrá.
JUAN. Silencio.
Hasta mañana, y cuidado
con que mi suegro sospeche...
PASCUAL. No hay miedo: es un pobre diablo,
que nunca ve mas allá

de sus narices.

JUAN. Le aguardo
á usted en mi gabinete.
¡Que no falte usted!

PASCUAL. No falto.
(*Vánse cada uno por su lado.*)

ESCENA XI.

ADOLFO saliendo complacido.

Ahora, ya puedo tranquilo
respirar: ya se ha salvado
mi amigo.

CARLOS. ¡ Querido Adolfo!...
(*Radiante de alegria.*)

ADOLFO. ¿Qué es eso? ¿Qué tienes, Cárlos?

ESCENA XII.

ADOLFO. CÁRLOS.

CARLOS. No sé... mi frente se abrasa:
siento renacer mi brio...
¿ha sido un sueño?... ¡Dios mio!..
yo ignoro lo que me pasa.
De mi ventura recelo...
De mis desdichas me olvido...
¡Ah!... ¡qué don ha concedido
á las mugeres el cielo?
Con facilidad notoria
nuestros cálculos confunden:
ya en el abismo nos hunden...
ya nos suben á la gloria...
Todo, su poder lo alcanza...
nos alucinan... nos ciegan...
son mariposas que juegan
con la flor de la esperanza.

ADOLFO. Sí, Cárlos: porque el placer

eterno... divino... ardiente...
toma del hombre en la mente
la forma de una muger.

CARLOS. ¡Qué adorable criatura!...
bella como un ángel!... luego,
tan buena!... yo he estado ciego
para no ver su hermosura.
¡Sí!... ciego... ha sido un delito
no haber visto en mi torpeza
resplandecer la grandeza
de aquel encanto infinito.
Vuelve á lucir la estinguida
antorcha de mi ilusion:
siento que mi corazon
late ya con nueva vida:
la juventud ha brillado,
y mis ojos se han abierto
á la luz... ya estoy despierto.

ADOLFO. Y yo, al oirte, extasiado.

CARLOS. ¡Honor!... ¡belleza!... ¡virtud!...
por mis blasfemias perdon:
vuestra es ya sin condicion
mi vida y mi juventud.
Quiero ganar el sustento
con el sudor de mi frente...
sí... yo acepto alegremente
la miseria... el sufrimiento...
no ya mas cobarde llanto
derramaré.

ESCENA XIII.

Dichos y D. MANUEL con animacion.

ABOGADO. Así lo espero;
yo he encontrado ya el dinero
que hace falta.

CARLOS. ¡Cielo santo!...

ABOGADO. ¡ Ánimo !...
CARLOS. ¡ Sí !...
ABOGADO. A trabajar :
CARLOS. La tardanza me importuna.
Me hace falta una fortuna ;
yo la sabré conquistar.
ADOLFO. Trabaja... cualquier oficio ,
si no envilece , es honroso :
en la sociedad , lo odioso,
lo repugnante es el vicio.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del segundo.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS sentado: á su lado ADELA y MARIA.

ADELA. No se deje usté abatir
por la suerte.

MARIA. Padre mio,
¡valor!

LUIS. Me falta ya el brio.

ADELA. Solo va usté á conseguir
enfermar.

LUIS. Tanto mejor:
así la enemiga suerte
podrá, dándome la muerte,
librarme del deshonor.

ADELA. Muriendo usted, ¿quién podria
el afan que nos desvela
calmar?

LUIS. ¡Mi querida Adela!
¡Y tú, mi pobre María!
Rica joya de virtud:
lozana flor abatida
por tu padre!... ¡hija querida!

MARIA. Temple usté su honda inquietud.

LUIS. ¡Aun tu bondad me disculpa!...
Yo tenia la esperanza
de hacer con esa alianza
tu dicha.

MARIA. Lo sé: la culpa
no es de usté: lo es de la suerte
que conmigo se ensañó.

LUIS. Ese infame me engañó...

¡tarde mi dolor lo advierte!...
El villano, el fementido,
con su manera de ver
las cosas, me hizo creer
que seria un buen marido.
Tú misma...

MARIA. A mí no me toca,
aunque él mi desdicha labra,
quejarme: ni una palabra
saldrá jamás de mi boca.

LUIS. ¡Hija mia! tú no tienes
idea de lo malvado
que es ese hombre: ha derrochado
casi todos nuestros bienes.
Con ese genio infernal
á sus empresas me unió,
y de esa suerte acabó
de consumir mi caudal.
A mi edad es doloroso
verse de un golpe sumido
en la miseria... ¡Bandido!...

MARIA. ¡Por piedad, padre! es mi esposo.

LUIS. Si de sus vicios me quejo;
si me inspira tanto horror
la pobreza, este temor
no es por mí: yo ya soy viejo.
Rico ó pobre, ¿qué me importa?
Siempre tendré lo bastante;
porque este dolor punzante
hará mi vejez muy corta.
Las horribles agonías
que mi triste corazon
desgarran, tan solo son
por vosotras, hijas mias.
Son por tí, á quien torpemente
sin razon sacrifiqué!...
(*Volviéndose á Adela.*)

Por esta, á quien no podré
casar ya tan fácilmente.
¡Ay!... cuando el destino impío
con golpe mortal me asalte:
cuando mi apoyo la falte,
¿qué va á ser de ella? ¡Dios mio!
Aunque su poder denote
la alta virtud que la abona,
ya en lugar de la persona,
busca el mundo ruin la dote.
Yo tambien ambicioné
para mi afrenta y desdoro,
en vez del honor, el oro...
y Dios me castiga.

ADELA. Usté
no debe estar afligido
por mí; que aun valor me resta
para arrostrar la funesta
suerte que nos ha cabido.
Si al ser pobre, soy amada,
latirá mi corazon
tranquilo: si á la ambicion
del oro soy postergada,
veré huir, sin verter llanto
de despecho ni tristeza,
aquellos que en mi riqueza
hallaban mi único encanto.
Y en cuanto á la suerte impía
que nos cupo, ya sabremos
vencerla: ¡sí!... viviremos
con órden y economía,
empezando por quedar
sin criados.

LUIS. ¡Angel mio!

ADELA. ¡Ah!... yo me vanaglorío
de poderlos reemplazar.
Si esto no fuera bastante,

sé bordar, y bordaré.

MARIA. ¡Ah! sí: yo te ayudaré.

MANUEL. ¡Sr. D. Luis!...
(*Entrando.*)

LUIS. Adelante.
(*Reponiéndose.*)
retiraos, hijas mias.
(*Adela y María saludan al abogado, y se retiran.*)

ESCENA II.

D. LUIS. D. MANUEL.

MANUEL. ¡Qué obedientes!... ¡son dos ángeles
(*Viéndolas alejarse.*)

LUIS. Sí: pero mi error funesto
las ha convertido en mártires!

MANUEL. ¡Vamos!... ¡no se aflija usted!
¡Ah!... ¡cómo voy yo á anunciarle
la nueva fatal!...
(*Aparte.*)

LUIS. ¿Podré
saber?...

MANUEL. ¡Sí!... (*Ap.*) ¡terrible instante!
En nombre de la amistad
vengo á esta casa, y Dios sabe
cuánto en el alma me pesa
la nueva que vengo á darle.

LUIS. ¿Aun mas desdichas?...

MANUEL. D. Juan...

LUIS. No le nombre usted.

MANUEL. Bastante
me pesa; pero es forzoso.

LUIS. ¿Qué nuevas calamidades
viene á derramar ese hombre
en mí?

MANUEL. La mas formidable
de todas: el deshonor.

LUIS. ¿El deshonor?

(*Aterrado.*)

MANUEL. Las fatales
consecuencias de sus vicios
le han obligado á lanzarse
por la senda peligrosa
del crímen.

LUIS. ¡Oh Dios!... mi sangre
se hiela..

MANUEL. Ha falsificado
unas letras.

LUIS. ¡Miserable!...
¡Estafador!...

MANUEL. Si el negocio
se lleva á los tribunales,
sin remedio vá á un presidio.

LUIS. ¡Qué afrenta!...

MANUEL. Aun puede evitarse
esa desgracia: las letras
ascienden á cien mil reales;
de modo, que si usted quiere
dar el dinero...

LUIS. Es en valde
tal solicitud: no tengo
con que cubrir las maldades
de ese hombre, que Dios confunda!

MANUEL. Entonces irá á una cárcel,
si el cielo no lo remedia.

LUIS. ¿Con que ya es inevitable
el deshonor?

MANUEL. Sí, D. Luis.
Yo he logrado retardarle,
pero mañana...

LUIS. ¡Dios mio!
Tu justicia formidable
reconozco... ¡criminal
ambicion!... por ella al ángel
de mis entrañas eché

en el abismo insondable
de la desesperacion...
¡ Tarde me arrepiento, tarde !

MANUEL. Señor D. Luis, siento mucho
esos recuerdos fatales
despertar; mas yo he debido
siendo á su amistad constante,
dar este paso.

LUIS. Lo sé,
y agradezco...

MANUEL. ¡ Pobre padre !
(*Váse.*)

ESCENA III.

D. LUIS. Despues D. JUAN.

LUIS. Cedí á un sentimiento ruin,
al dar á ese hombre la mano
de mi hija : he sido un villano,
y Dios me castiga al fin.

JUAN. (*Entrando.*)
Probemos : tal vez me asista
mi suegro.

LUIS. (*Con sobresalto.*)
¿Quién va?
(*Reconociéndole.*)
¡ Oh rubor!...
¿Cómo tiene usted valor
de ponerse ante mi vista?

JUAN. (*Adelantando con calma.*)
Del piélago en que me abismo,
usted me puede sacar
solamente.

LUIS. A imaginar
no alcanzo tanto cinismo.
No creí que hubiera un hombre,
que con villana osadía,
echase, asi, á sangre fria,

baldon eterno en su nombre;
sí... sé que su ocupacion
es la estafa.

JUAN. Ese es mi aprieto.
Y pues sabe usté el secreto,
me evita su esplicacion.

LUIS. Me faltan las espresiones,
al ver su impudor.

JUAN. Me alegro:
sí, querido papá suegro,
mas calma, y menos sermones.
¡Qué diablo!... Cuando me hallaba
rico, usted encarecia
mis prendas: y ya sabia
que mi riqueza manaba,
usando del hiperbólico
lenguage de ciertas gentes,
de muy cenagosas fuentes.
Del oro el poder diabólico
á usted tambien le cegó:
y convertido en tirano,
me dió de su hija la mano:
es decir, me la vendió.
Por cierto, que me encontré
con una especie de monja:
es muy guapa: sin lisonja;
no parece hija de usté.

LUIS. Si cedí á ideas villanas;
si apostaté de los buenos,
respete usted hoy al menos
mi desventura, y mis canas.
Y si aun jnzga que me cuadre
de ruin... de villano el nombre,
desprecie usted en mí al hombre...
pero respete usté al padre.

JUAN. ¡Bravo! Eso es hablar con tino:
sálveme usted, y...

LUIS. ¡Malvado!
no puedo... ¡estoy arruinado
por sus vicios!... ¡Imagino
que del cielo la venganza
truena sobre usted!...
JUAN. Que truene.
Mas olvidar no conviene,
que mi deshonra le alcanza.
LUIS. ¡Es verdad!...
JUAN. ¡Estoy casado
con una hija de usted!
LUIS. ¡Oh!...
JUAN. Y si me deshonro yo,
va usté á quedar deshonrado.
LUIS. ¡Qué terrible espiacion!...
JUAN. ¡Eh!... ya va usté á sofocarse:
procure usté conformarse,
tenga usté resignacion.
Pues contra su afrenta lidio,
su apoyo me debe dar...
que usted no puede dejar
ir á su yerno á un presidio.
LUIS. ¡Ah!... ¡No!... pero le diré:
yo ya salvarte no puedo:
si vas á un presidio, quedo
deshonrado, y moriré.
Ya el grito de la conciencia
en tu pecho se ha estinguido:
si vives, será un tegido
de crímenes tu existencia.
El mundo, para tu agovio,
todos tus vicios deslinda:
la sociedad no te brinda,
mas que con baldon y oprobio.
Tú no puedes ya vivir
sin honor... sin sentimientos...
Muere, pues, porque hay momentos,

en que es preciso morir.
(*Yendo al cajon de una mesa, y tomando una pistola.*)
Acaba de una vez sola:
y pues tu infamia comienza,
líbrete de la vergüenza
el cañon de esta pistola.
(*Se la presenta.*)

JUAN. (*Tomándola.*)
No es malilla: ¡y tiene carga!
(*Sacando la baqueta y metiéndola en el cañon.*)
¡Símbolo de destruccion!...
(*Despues de contemplarla con calma, levanta el gatillo.*)

LUIS. ¿Qué haces?

JUAN. Quitarla el piston;
(*Ejecutándolo.*)
porque el diablo las descarga.
(*La deja.*)

LUIS. ¡Miserable!!!

JUAN. ¡A todo un yerno
tan amable como yo,
tal consejo!...

LUIS. Te abortó
para mi daño el infierno.
La union que yo formé impía,
por tus vicios rota está:
no hay vínculos que unan ya
tu vida á la vida mia.
No, en mi paternal despecho
te goces, víbora humana:
el lazo con que se ufana
tu maldad, ya está deshecho.
Te dí una hija, que era el fruto
mas bello de mi existencia,
y tú en cambio por herencia,
la das lágrimas y luto.

Llenaste mi ancianidad
de honda desesperacion....
ya no eres mas que un ladron
de mi honra y mi oro.

ESCENA IV.

Dichos. ADOLFO entrando.

ADOLFO. Es verdad.
Pero si él osó mancharle
con infame alevosía,
aun hay quien con hidalguía
sublime intenta salvarle.
(*Sacando las letras y mostrándolas.*)
Aquí las letras están :
mas la honra de una familia
su torpe crímen auxilia :
nada tema usté, D. Juan.
(*Volviéndose á D. Luis.*)
D. Luis : el error del hombre,
del padre el llanto condena :

LUIS. ¡Oh!... Sí.

ADOLFO. La virtud me ordena,
que venga á salvar su nombre.
Rotos del crímen los lazos,
no irá usted al precipicio;
porque lo que inventa el vicio,
el honor lo hace pedazos. (*Rompe las letras.*)

LUIS. ¡Mi gratitud!...
(*Queriendo arrojarse á los piés de Adolfo, el cual se lo impide.*)

ESCENA V.

Dichos. ADELA, MARIA.

ADELA. ¡Caballero,
salga usté de aquí!
(*Dirigiéndose á D. Juan y llevando á su hermana de la mano, con noble indignacion.*)

MARIA. De hoy mas,
nada entre los dos.
(*Con indignacion y dolor.*)

LUIS. Jamás
pise usté mi casa.

ADOLFO. Espero
que lo hará así; y la distancia
podrá amenguarle la afrenta
de su accion.

JUAN. No es mala cuenta:
emigro... me voy á Francia.
En París mi educacion
perfecciono: tomo un barco:
me empaqueto: paso el charco:
mudo nombre y condicion.
Y rico y libre de suegros,
compro un par de cafetales,
y acabo dando bestiales
latigazos á los negros.
(*Sale.*)

ADOLFO. ¡En criminales hazañas
se va el mónstruo á ejercitar!...

LUIS. ¡Y yo á ese hombre pude dar
á la hija de mis entrañas!...
(*A Adolfo.*)
¡Ah!... nunca olvidar podré
que ha sido mi honra salvada
por su bondad.

ADOLFO. Yo de nada
soy digno: reserve usté
tan leales sentimientos
para el que su honra salvó.

LUIS. Con placer le daré yo
mi vida... mis pensamientos.

ADOLFO. Si: que él supo conquistarlos
de la virtud en el nombre.

LUIS. Gratitud eterna á ese hombre.

ESCENA VI.

Dichos. D. MANUEL trayendo de la mano á CÁRLOS.

MANUEL. Venga usté...
L. Y MARIA. ¡Cárlos!...
ADELA. ¡Ah!... Es Cárlos.
(*Con alegría.*)
ADOLFO. Vén, tú, noble corazon:
vén, y da con tu alma bella
dulce bálsamo á la huella
del pesar: la redencion
de esta familia comienza.
LUIS. Al admirar su virtud,
se mezcla á mi gratitud
un recuerdo de vergüenza.
CARLOS. No hablemos de eso.
LUIS. A sus pies...
CARLOS. ¡Me quiere usted afrentar!
(*Impidiéndoselo.*)
LUIS. ¿Con que podré yo pagar
tan noble desinterés?
ADOLFO. Habla: ya es tiempo.
(*A Cárlos.*)
CARLOS. ¡Ay de mí!
mata mi resolucion
Maria.
ADOLFO. Tienes razon;
deja: yo hablaré por tí.
(*A D. Luis.*)
Ya ha visto usté como un hombre,
cuando abriga en sí grandeza,
despreciando la riqueza,
salva de su padre el nombre.
Cárlos cayó: pero fuerte,
como un atleta animoso,
se alza otra vez victorioso
y ata á su imperio la suerte.

y adquiere así muchos grados
su fortuna de heroismo;
pues se la debe á sí mismo,
y no á sus antepasados.
Ya es rico de oro y de honor;
pero al pesar se abandona,
y es porque su alma ambiciona
mas dicha.
(*Mirando á Adela.*)

ADELA. Entiendo: mi amor.

ADOLFO. Al trabajar noche y dia,
vió lucir en lontananza
la antorcha de su esperanza,
y en pos de su luz corria.
Y hoy, al tocarla, recela
que huya de él, fantasma vano...
Cárlos pretende la mano,
de la señorita Adela.

CARLOS. ¡Ah!..! si.., que ella el ángel fué
que hizo brotar con su aliento
la luz en mi pensamiento,
y en mi corazon la fé.

ADELA. ¡Si!...

LUIS. Yo al placer me abandono:
mas le ruego á usted que note,
que Adela no lleva dote.

CARLOS. Su mano, es cuanto ambiciono:
y si mi dicha me alcanza...
(*A Adela.*)

LUIS. Ya has visto en nuestro dolor,
que solo con el honor
se debe hacer alianza.
Que esta súplica no arguya
ningun despótico intento.

ADELA. ¡Bien! seré franca: un momento.
(*A su hermana.*)
¡María!!!

MARIA. Entiendo : sé suya.

ADELA. Temo este enlace, pues creo
que te ha de robar la calma.

MARIA. ¿Tú le amas?

ADELA. Con toda mi alma.

MARIA. Sé suya.

ADELA. Mas...

MARIA. Lo deseo.
(*Mientras Adela se dirige á su padre y á Cárlos.*)
Gloria que el alma soño :
ya tu luz no me recrea :
haga el cielo que ella sea,
mas venturosa que yo.
(*A su padre.*)

ADELA. Supuesto que usté y María
sancionan esta union...

LUIS. ¡Si!...

ADELA Cárlos; mi mano está aquí.
(*Presentándosela.*)
(*Tomándola y enlazándola con la de Cárlos.*)

MARIA. ¡Hazle dichoso!
(*Cárlos y Adela cogidos de la mano, la contemplan con gratitud y veneracion.*)
(*Tendiéndola sus brazos.*)

LUIS. ¡Hija mia!...

MARIA. *Sin dejar de mirar á Cárlos y Adela, mientras que su padre la estrecha contra su pecho.*)
! Padre!!! merecen los dos
ser felices.

LUIS. ¡Es verdad!...
(*Con profunda complacencia al Abogado, que manifiesta en su semblante la emocion que le domina.*

ADOLFO. Cuando obra la humanidad
así, se sonrie Dios.

FIN DE LA COMEDIA.